Ratas de Galpuria (Libro I - En este amado lugar)

Diana M. Prendes

Capítulo 1

I

Señalaron las primeras luces del alba el inicio de un nuevo día en Galpuria aquella mañana de septiembre. El sol alumbraba constante y perseverante cada rincón de la ciudad: cada esquina, cada calle y cada criatura recibían gustosos su calidez, saboreando como podían el tan delicioso último trago del verano que en aquella época del año no podía sino indicar el inevitable comienzo de un nuevo curso.

Inundaban así sus rayos la habitación de Lucía, colándose perezosamente entre sus persianas y declarándole la guerra al sueño. Por si esta auténtica batalla no hubiera sido suficiente, una vez hubo triunfado se vio de nuevo enfrentada a un terrible enemigo: adecentarse y tratar de lucir presentable. Contra todo pronóstico, logró hacer que su cabello no pareciera una criatura en pos de ataque y disimular sus ojeras lo suficiente como para que no se notara que había acabado durmiendose tarde en la madrugada. Aun con todo, sintió igualmente una punzada de frustración: seguía estando a años luz de equiparar el nivel de cuidado que ponían la mayoría de sus compañeras en su apariencia, y si bien se decía que se había rendido hacía ya tiempo, no podía sino desear verse más hermosa y confiada que como se sentía.

Así, entre la enorme masa de alumnos ahora conglomerados a la entrada del colegio de los Santos Campos, Lucia no pudo evitar sentir una gran incomodidad y se creyó casi perdida en aquel laberinto de niños perfectos, impolutos y relucientes, imposible encontrar la salida u ocultarse de sus perforantes miradas.

Para su alivio, sin embargo, esta sensación desapareció cuando se reunió al fin con sus viejas amigas. En verdad no eran tan cercanas como se pudiera pensar al verlas, pero entre ellas sus colores que tanto desentonaban en aquel espacio parecían diluirse, y en ese aspecto no había nada que ella más pudiera pedirles. Así pues, se habían juntado hacía ya tiempo y casi como un mecanismo de supervivencia no habían vuelto a separarse.

-Bueno chicas –dijo una del grupo, gestos chillones y voz en grito- empezamos ya la eso, ahora podemos decir que vamos al insti -terminó, alargando y saboreando la última palabra como un chicle demasiado empalagoso.

Y ante esto Lucia no pudo sino mirarla fijamente. Pocas cosas habían de desagradarle más que cuando Alba hablaba de esa forma, lo cual por

supuesto ocurría con demasiada frecuencia. Muchas veces le expresaba estos pensamientos, le pedía que dejase de actuar así porque solamente estaba haciendo el ridículo, pero siempre que lo había hecho Alba se había reído, incapaz de comprender su perspectiva y quitándole importancia, por lo que eventualmente se había rendido y había acabado aceptando su escandalosa naturaleza.

-Qué horror -dijo- yo solo quiero que esto acabe ya.

Esto era verdad. Era, para ella, inconcebible que una persona pudiera, fuera cual fuera su motivo, desear que empezara el colegio, y más aún considerando que aquel año empezarían secundaria. No, ciertamente no podía entender que posible motivación podía tener Alba considerando que a duras penas aprobaba primaria en tener que estudiar el doble para evitar problemas en casa. Todas ellas vivían cerca y quedaban juntas de vez en cuando pero aún si no lo hicieran, volver al colegio solo para verlas no merecía la pena. ¿Qué otro motivo podría tener alguien para querer volver a clase? No lo sabía y probablemente jamás habría de saberlo.

-¡Lucía, Lucía! –exclamó mientras se le acercaba, colocando cada mano en cada uno de sus brazos e inclinándose ligeramente hacia ella. Odiaba el contacto físico y que la gente invadiera su espacio y se le acercaran demasiado. Sí, ciertamente iba a necesitar paciencia ese año- tía, tienes que vivir el momento –continuó, ahora agarrándola solo de un brazo mientras extendía el otro hacia el cielo en un gesto teatral. Menos mal, pensó, mientras volvía a respirar.- No vamos a tener doce para siempre –dijo, poniendo fin a su espectáculo.

Le pareció lo que dijo tal soberana tontería que concluyó que lo mejor que podía hacer era abstenerse de responder. Puso los ojos en blanco, ante lo cual Carmela, que había estado observándolas en silencio, intervino:

-Ahora que lo mencionas, de aquí en adelante terminamos a mediodía, por lo que de tarde deberíamos tener mucho más tiempo libre –comentó- aunque mi hermana dijo que tampoco nos iba a sobrar tanto.

-¡Ya lo has oído, Lu! este año no tienes excusa para no apuntarte a baile

Casi le dieron ganas de reírse. Alba y Carmela llevaban ya varios años yendo a baile y desde que se conocían todos los años le pedían que se apuntara con ellas y todos los años se les resistía. Este curso Alba había empezado más temprano de lo habitual, pero pasara lo que pasara e hicieran lo que hicieran no lo iban a conseguir. Aquello encabezaba su lista de cosas que no haría ni aunque le ofrecieran dinero por ello, entre otros motivos, por el exceso de padres ansiosos por grabarlas saltando de un lado para otro como patos mareados. Alzando las comisuras de sus labios

ante la imagen mental que esto le produjo, dijo:

-Lo siento, pero creo que voy a pasar. Simplemente no creo que sea para mí.

-¡Porfa, porfa! –Exclamó Alba- ¡Tienes que venirte!

-¡Eso, eso! –Apostilló Carmela- Tenemos que estar todas juntas.

-Nah, aun si quisiera, no puedo. Mi madre trabaja de tarde y tengo que asegurarme de estar disponible para recoger a mi hermana al salir de clase. Aún es muy cría para darle un par de llaves o dejarla volver sola aunque vivamos al lado. -hizo un puchero que ninguna de ellas se tragó, pero que casi las hizo reír- Una auténtica lástima.

-Que mal –terminó Alba-No va a ser lo mismo sin ti.

-Lo sé –respondió Lucía, una gran sonrisa ahora atravesando su rostro- ¿Quién podría imaginar lo aburrida que es la vida sin mí en ella?

Y rodeada por esa gente que le era familiar, por primera vez desde que se había despertado disfrutó de un instante de paz, tan frágil como breve, pues cuando se encontró a sí misma relajándose esa permanente obligación de estar alerta se le acercó y trepó por su espalda de nuevo y pronto se hubo de nuevo recompuesto. 'Qué extraño' pensó. El nuevo curso debía de estar afectándole a la cabeza.

***

Rebosante de energía y como siempre acostumbraba a hacer se levantó Tere de la cama, una pequeña liebre ágil y vivaz y se preparó para ir a clase. Cuando se miró al espejo se sorprendió al descubrirse no tanto nerviosa sino impaciente por ver qué le deparaba el futuro. En su reflejo, pudo ver una mirada resoluta y enérgica, lo cual no pudo sino satisfacerla enormemente mientras terminaba de preparar su atuendo; ¡Cuán acertada había sido su elección de peinado! ¡Cuánto le agradaban aquellas dos impolutas trenzas que caían paralelas por sus hombros! Sí, pensaba, realmente había hecho bien, aquella bella imagen que tenía ante sí, aquella seguridad que la inundaba y que tanto había extrañado, sin la que tanto tiempo había pasado suponía para ella que la elección que había hecho era, sin lugar a dudas, la correcta y sintió entonces un gran aprecio por el tan característico color musgo del uniforme del colegio de los Santos Campos, que habría de identificarla como parte de este a partir de ahora y que habría de servirle como un recuerdo continuo de su nuevo

hogar, ¡Cuán alentador lucía su futuro ante ella! ¡Cuántas promesas parecía tener y de cuanta emoción habría de llenarla!

Había pasado la noche anterior preguntándose cómo sería, a quién encontraría allí, ¿Reconocería a los que serían sus amigos al verlos nada más entrar? ¿Cuánto tardarían en encontrarse? ¿Bastaría acaso una mirada para sellar un pacto tan solemne como era la amistad? ¿Permanecerían desde ahí juntas hasta el final de sus días? Ah, ¡Cuánto habrían de llenarla estos pensamientos de energía! Hizo pues un esfuerzo para dejar todas estas fantasías atrás y aterrizar de nuevo en la realidad y una vez terminó de arreglarse estuvo saliendo ya de casa con su madre. Comenzaron así el plácido camino hasta que una duda hubo de arruinar tan bello momento.

-Oye –le dijo- ¿estás segura de que hoy empezaban las clases una hora más tarde?

Había estado contenta con no haber tenido que levantarse tan temprano entonces pero, oh no, no, no, ¡En qué forma no podía sino horrorizarla aquella imagen mental! Aparecer en mitad de la clase, treinta pares de ojos clavados en ella inclementes, enojados por esto y preparándose para atacar, ¡No, no, no! repentinamente observó todas aquellas bellas emociones que hacía poco había experimentado reducirse a cenizas y ser llevadas por el viento, arrastradas a un lugar muy muy lejano.

-Si –le respondió, cansada de las mismas preguntas otra vez- lo hemos revisado varias veces. No te preocupes por eso.

Eventualmente, llegaron a su destino. Ante ella, se alzaba imponente el Colegio de los Santos Campos. Aquella no era la primera vez que lo veía, por supuesto, pero si la primera vez que lo consideraba como algo real, que calaba en ella la idea de que de ahora en adelante estudiaría ahí. Alzándose orgulloso, aquel edificio antiguo destacaba en medio de la ciudad por renegar de toda la modernidad que lo rodeaba mientras se aferraba a sus formas y luchaba por mantener la máxima cantidad de resquicios de esa silueta regia con que había sido concebido tantas décadas atrás. Aunque así era Galpuria, supuso Tere: un enrevesado amasijo de modernidad en el que brotaban por momentos vestigios de otras épocas que se pudieron conservar de la forma más ridículamente indiscriminada, el pasado y el presente se mezclaban y coexistían en un resultado final que priorizaba el pragmatismo frente a la estética. Los Santos Campos era un descarado pedrusco de esos tiempos lejanos que miraba desde lo alto lleno de altivez a las casas llenas de renovaciones que lo rodeaban, no iba a pedir perdón por desentonar, sino exigirles a sus vecinos que estuvieran a su altura. Así, se alzaban tres altas torres góticas tras la fachada de lo que tiempo atrás había sido una iglesia y ahora se había transformado en un colegio, estas estructuras cosidas unas a otras por pasillos y rodeados por una modesta extensión que combinaba

zonas de asfalto y de árboles y que habría de servir de patio.

-Es enorme –pensó para sí.

-Lo es –le respondió su madre, y entonces comprendió que lo había dicho en alto- Vamos, se entra por aquí.

Una vez dentro, Tere vio ante sí una pequeña salita que asumió serviría de recibidor en la cual una mujer morena y con un pelo rizado que caía salvaje y descontrolado sobre sus hombros parecía estar hablando con una monja bajita y anciana, su pelo ya desprovisto de todo color y su cara trazada ya por los signos de la edad.

En cuanto notaron su presencia, se giraron hacia ellas. De frente, Tere pudo notar que aquella mujer no era tan joven como había creído inicialmente y que probablemente hubiera entrado ya en sus cuarenta. Cuando las vio su rostro cambió de golpe, una mano invisible arrugandolo como un papel y deformándolo para acabar imitando una sonrisa.

-Buenos días -les dejo- ¿En qué puedo ayudarles?

-Venía a traer a mi hija al colegio. Es nueva y empieza primero de la eso, se llama Teresa Ramírez Castaño, no sé si os sonará. -se adelantó su madre- Nunca ha estado aquí antes, así que no se si sabrá donde es la clase o dónde ir.

-Ah sí, dame un segundo –se giró hacia la monja y tras intercambiar una serie de palabras estuvo rebuscando en unos cajones hasta encontrar un documento. Tras ojearlo un par de segundos, les dijo:

-Teresa habías dicho, ¿no? –Su madre asintió- Teresa Ramírez Castaño. Estás en el A. -Hubo un breve silencio mientras la mujer observaba la lista con expresión pensativa. -Mira, te acompaño yo ahora allá, que tengo una clase cerca del aula –Incapaz de decir nada, Tere solo asintió- Vamos.

Así, siguió a aquella profesora a través de un par de pasillos con abundantes puertas y cubiertos por retratos de santos y vitrinas. Se sintió entonces sobrecogida por la integridad del lugar, el perfecto todo que suponía y al que pronto ella iba a pertenecer, ¿podría ser verdad que sus ataduras se habían roto completamente? ¿Podría ser real que estas serían ahora las nuevas paredes en las que habría de encontrar un lugar en el que se pudiese resguardar? Estos agitados pensamientos la envolvían, tanto que se mantuvo en silencio todo el camino absorbiendo cada detalle, incapaz de hablar. Eventualmente llegaron a una escalera y fue aquí cuando este silencio se rompió mientras empezaban a subirla.

-Así que Teresa, ¿eh? –Le dijo la profesora. Se giró entonces para mirarla.- Y eres nueva… yo me llamo Paula. Normalmente enseño a cursos

más altos, pero creo que este año me tocaba daros una clase.

-Hay muy poca gente en los pasillos para que las clases estén a punto de empezar. -Dijo débilmente, reuniendo unas fuerzas que no era consciente de tener una vez se vió incapaz de aguantar en silencio más. Temía que de hablar, solo le saliera un gallo en su lugar.

Y esto era cierto. Hasta entonces no habían visto a casi nadie, una o dos personas y todas mayores, claramente trabajadores del lugar, pero no había ni un solo joven. Paula se rió como respuesta, y su gesto hubo de recordarle a Tere los peces que se retuercen espasmódicamente cuando se encuentran fuera del agua.

-Bueno –le dijo- eso es porque ya han empezado las clases. No comprobaste la web, ¿no? Se os mandó un email corrigiendo la carta inicial que mandamos, el horario al final se mantenía normal.

Tere palideció. Aquello no podía ser. Era algo tan ridículamente clásico que casi le dieron ganas de reírse, pero los nervios de no conocer a nadie aun pesaron más. De hecho, esta idea no pudo sino calar hondamente en ella, alterándola más de lo normal. 'No' se dijo 'No puede ser que la haya fastidiado tan temprano. Se suponía que iba a hacer las cosas bien esta vez' así, sintió un creciente pánico al imaginar las caras que pondrían toda la gente del lugar al que iban al verla llegar así, su desdén y sus ojos entrecerrados clavándose en ella como dardos con el más amargo de los venenos. Atrás había quedado el optimismo de aquella mañana así como sus ganas de estar ahí; ahora Tere solo quería volver a casa.

Sus pensamientos debieron reflejarse en su rostro, pues cuando Paula se giró para verla su expresión se volvió preocupada mientras le decía:

-Tú no te preocupes, todo irá bien. De verdad, tranquilízate –continuo, mientras llegaban al final de las escaleras.- Harás amigos rápido, lo sé.

Dicho esto, le agarró la mano y le dio un ligero apretón. Recorrieron un último pasillo, este el más largo de todos y justo en su final se encontraba la puerta a la que sería su clase. Al llegar, Paula llamó para entrar, pero la profesora no debió haberlas oído, pues cuando abrieron la puerta esta seguía absorta en su propio enérgico discurso.

-Isa – Al verlas esta paró en seco dejando a medias lo que estaba diciendo, congelada en el tiempo en un expresivo gesto. Entonces, se giró hacia ellas.- Te dejo aquí a esta alumna, no le llegó el aviso del horario actualizado. Es nueva, según tengo entendido.

-Pasa, pasa –le dijo Isa, sonriéndole, recobrando de golpe toda la vida, mientras el hechizo que la paralizó se deshacía- ¿Por qué no te presentas

a la clase, aprovechando la ocasión?

Y Tere murmuró su nombre frente a todos y dijo las debidas cortesías sin ser siquiera consciente de ello, demasiado nerviosa como para siquiera procesar lo que estaba pasando. Sin embargo, la profesora le sonrió complacida, por lo que supuso que no había metido la pata o dicho alguna tontería

-Siéntate donde puedas… me parece que hay un sitio ahí- fue lo siguiente que le dijo.

En esto, Tere se vio forzada a levantar la mirada y trató de aguzar al máximo su vista para obtener toda la información posible de quienes tenía delante y habrían de ser sus compañeros de la que iba en silencio, de forma casi automática a su sitio. Observó muchos más rostros de los que acostumbraba a ver, algunos amables y otros inexpresivos, aunque la mayoría parecía haber aprovechado la interrupción que su llegada había causado para hablar con la persona de al lado, sus amigos sentados a unos cuantos pupitres o, directamente, tratar de hacerse oír por encima del estruendo desde el otro lado de la clase. Al comprobar que de hecho, la vasta mayoría no le estaba prestando la más mínima atención comenzó a relajarse mientras su respiración retomaba ritmos normales, aunque las amenazas de los nervios no llegaron a desaparecer del todo y, aunque opacadas, hubieron de sentarse con ella en aquel pupitre.

-Cómo iba diciendo, -continuó la profesora, Isa- Hay reglas que conciernen el uniforme, en particular las faldas –Sonrió con cierto sarcasmo en la mirada, lo cual en aquel momento habría de tener en Tere un efecto analgésico.- Cuidadito con doblarla y llevarla demasiado corta. Ya nos conocemos, llevamos años dando clase y nos sabemos todas las jugadas, ¿sí? –completó, gesticulando deliberadamente.

La charla siguió mientras Isa continuaba enumerando las cosas que estaban prohibidas que todos ya conocían así como lo que se podía hacer y lo que no, siempre manteniendo ese aire desenfadado en torno a sí. A Tere aquella amabilidad que parecía desprender hubo de calmarla enormemente. El resto de la hora pasó, aun con su profesora tratando de amenizar la charla lo máximo posible, de forma particularmente lenta para ella y no pudo sino entusiasmarse enormemente cuando sonó al fin la sirena que indicaba el inicio del recreo, así, pensaba Tere, como el de su nueva vida en ese lugar.

***

-No me lo puedo creer –estaba diciendo una de las amigas de su hermana- Nos ha tocado sociales con Paula, qué horror –dijo, torciendo ligeramente el gesto.

-Podría haber sido peor –le respondió- A nosotros nos ha tocado Adela.

Algunas de sus amigas contuvieron ante esto una carcajada.

-Paciencia, amiga –le dijo una de ellas- la vas a necesitar.

-Esa quien es, ¿la rubia bajita?- Preguntó Sara.

Su hermana le lanzó una mirada contrariada. Estaba claro, Sara pensaba, que su intrusión en su grupo de amigas no le agradaba y no necesitaba oírlo para tener sobrada evidencia. Ella, sin embargo, no tenía aun con quien volver a casa, así que decidió colarse provisionalmente, y ya que estaba, se decía, lo mínimo que podía hacer era aportar su granito de arena a la conversación.

-No, la de gafas -le respondió una de las chicas.

-¿Y tú qué tal? –Le preguntó Amanda- ¿Ya has hecho algún amigo, estás con alguien que conoces en clase?

Sara alzó una ceja con desconfianza, insegura del origen de aquella consideración por ella.

-Bien, no hice nada realmente interesante pero no estuvo mal. Ah, vi a Clara a la entrada, supongo. -Empezó a decir- Me estuvo contando lo que hizo este verano. Creo que se fue de vacaciones.

-No pareces haber prestado mucha atención -observó- Seguís siendo mejores amigas, ¿no?

-Sí, claro -respondió en apenas un parpadeo, casi un acto reflejo.

-Ah, ya veo -le dijo- Es solo que como este verano casi no os habéis visto y te pasabas el día haciendo cosas raras con Dalia me tenías confundida.

-Haciendo cosas raras suena innecesariamente turbio.

-Bueno, no es como si pasarse la tarde vacilando a una inteligencia artificial sea lo común. -Cuando vio que no planeaba responder más allá de poner los ojos en blanco, continuó- En fin, supongo que eso significa que aún no tienes con quien volver a casa.

Ah, se dijo, así que era eso, pensaba. Ahora entendía el repentino interés

que su hermana mostraba por ella aun frente a sus amigas.

-No, por ahora no -le dijo.

-No pasa nada Sara, puedes quedarte con nosotras mientras tanto sin problemas -respondió una de las amigas

-Hmmm –su hermana guardó silencio, haciendo caso omiso a lo que acababa de oír. Quizá sus amigas no tuvieran problema con su presencia, pero ella no iba a rendirse tan fácilmente- No puede ser tan difícil encontrar a alguien –se estiró y se puso un poco de puntillas mientras continuaba- ¿Qué tal esa chica de ahí? ¿La conoces? Parece de tu edad, no mucho mayor, eso desde luego.

Se giró entonces Sara en la dirección que su hermana señalaba y pudo ver caminando unos metros delante una silueta con el uniforme de los Santos Campos. Se la quedó mirando, intentando distinguir algún rasgo característico para responder a su hermana, pero su mala vista combinado con el hecho de que la chica estaba de espaldas lo hacía difícil. Desde lejos, su menuda figura y sus dos trenzas negras la hacían difícil de identificar.

–Pues… me parece que es una de las nuevas, creo –dijo al fin- me la presentaron en el recreo.

-¿Sí? –Respondió, su rostro ahora completamente iluminado – ¿Te acuerdas de cómo se llama?

-No estoy segura –empezó a decir Sara siendo consciente de que su hermana no la estaba escuchando realmente- Pero si no recuerdo mal, se llamaba Teresa.

Y en esto, sin apenas haberla dejado terminar, su hermana gritó ese nombre a pleno pulmón mientras sacudía su mano a forma de saludo para llamar su atención.

-¡TERESAAAAA! –la niña se detuvo al oír su nombre, pero por algún motivo parecía renuente a girarse hacia ellas. Su hermana, que no iba a dejarla escapar sin una pelea, volvió a llamarla -¡EEEH, TERESAAA!

Agrietaron así la capa de hielo que la cubría y, tras un segundo de vacilación, esta se rompió en innumerables pedazos, pronto enterrados por la curiosidad que debieron despertar en la niña haciendo que por fin reaccionara y se girara hacia ellas. Por un segundo, sus ojos cristalinos la miraron tan abiertos que a Sara le evocaron la imagen de un animal asustado y tuvo miedo de que saliera volando como una mariposa huye ante el más mínimo fantasma de movimiento. Un momento después, sin embargo, esa expresión había desaparecido de su rostro y ahora sus su

rostro se iluminaron y una enorme sonrisa brotó de sus labios, una vela repentinamente alumbrando en la oscuridad mientras les saludaba de vuelta. El cambio fue tan repentino e inesperado que a Sara le pareció casi cómico y trató de contener la risa, pero dejó de molestarse en cuanto vio a su hermana riendo abiertamente.

-¿Pero qué? –Le dijo entre carcajadas- ¿Por qué nos saludas de vuelta? No nos conocemos de nada.

Ante esto su sonrisa se apagó un poco y su rostro se encogió con la confusión. Aunque parecía incómoda, no aparentaba estar pasándolo realmente mal ni que fuera a salir corriendo en cualquier momento como había lucido hacía un minuto, lo cual hubo de aliviar a Sara.

-Pero –dijo mientras cerraba los ojos y negaba con la cabeza, ahora su expresión era mucho más comedida- ¿Por qué me llamasteis entonces? ¿Cómo sabíais mi nombre?

-Nos presentaron en el recreo. Me sonaba que eras Teresa, pero no estaba segura, y te llamamos porque mi hermana –dijo, lanzándole a Amanda una mirada nada sutil- quería encontrarme a alguien con quien volver a casa para que no me acople a sus amigas. Como parece que tenemos al menos parte del camino en común, podríamos ver cómo de cerca estamos y al menos hacer juntas el recorrido común.

-¡Ah! ¡Si, por supuesto! -dijo, reaccionando de golpe. Había estado callada, observándola en silencio hasta ese momento, y al verla reaccionar Sara sonrió complacida.

Así, se adelantaron un poco con respecto al grupo de su hermana y hablaron de cómo les había ido aquel primer día de curso, de la gente a la que había conocido y de sus primeras impresiones en general. Aunque no sabía decir qué exactamente, algo en su acompañante parecía atraerla de forma especial y esto hubo de dejarla muy intrigada. Comprobó que apenas bastaba cualquier tontería para hacerla sonreír y no pudo sino preguntarse qué podría haber detrás, que extraño e innovador mecanismo podría hacer que se maravillara ante la más mínima trivialidad.

-Es aquí -le interrumpió, parándose en seco- Vivo aquí -dijo, mirando al portal que tenían delante.

-No, no puede ser -le respondió- Vivo en el portal de al lado, no me digas que de verdad vivimos prácticamente en el mismo lugar, es demasiada coincidencia.

-¿De veras? -le preguntó, sus ojos muy abiertos en un gesto que apenas trataba de ocultar su sorpresa. Cuando Sara asintió, su mirada pareció

resplandecer de forma especial ante su respuesta.

Empezó entonces a entrar al portal pero justo en el umbral de la puerta se giró y, como un embalse que se comienza a resquebrajar, fluyeron las palabras de sus labios:

-Entonces queda así, ¿no? -le preguntó, sus manos un puño para tratar de disimular el temblor que la invadía. Cuando Sara la miró interrogante, continuó- ¿Nos vemos mañana a la salida también?

Ah, comprendió, era eso, pensó mientras asentía. ¡Qué paz tan inusual le estaba invadiendo! ¡Qué extraña ternura le inspiraba aquella chica! Por supuesto, pensaba Sara que se verían más, no podía sino ver su interés renovado cada momento en que descubría algún otro detalle inusual de ella. Claro que de aquí en adelante se verían

-Sí, por supuesto –le dijo, mientras le extendía la mano.

¡Qué imagen debían estar dando en ese apretón! A un lado ella, resoluta y determinada y al otro Tere, encogida y aterrada pero firme, consolidando así el pacto que habría de atarlas de ahí en adelante. Estaba ya empezando a alejarse para ir a su casa, cuando como despedida decidió añadir:

-De ahora en adelante, volvamos juntas a casa.

Capítulo 2

II

Aunque no podía decir que la pillara por sorpresa, Lucía no se esperaba el nivel que ya alcanzaba su desagrado por el colegio habiendo transcurrido tan poco tiempo. Habían pasado poco más de dos semanas desde aquel primer día y octubre asomaba ya sus garras a la vuelta de la esquina, con el nuevo mes la omnipresente amenaza de los primeros exámenes. Quiso llevarse las manos a la cabeza solo de pensarlo, no, no estaba preparada para empezar tan temprano a pelear, había el universo de dejarla en paz un poco más. Deseaba poder decir que lo sentía por todo aquel sistema, pero ella simple y llanamente no estaba por la labor de hacer las cosas como ellos querían viendo que estaba allí por obligación en primer lugar. 'No sabes todo lo que tienes' les encantaba decir siempre a los profesores 'Muchísimos niños al otro lado del mundo darían lo que fuera por estar en tú situación' continuaban, y esto no podía sino enervar a Lucía. Pues lo siento, pensaba ella, pero ella no era de esos niños del mundo y ya estaba, ella era Lucía y sus circunstancias, y no podía sino amargarla que intentaran obtener de ella una reacción emocional por ser incapaz de comprender algo que ni ellos mismos acababan de procesar.

Estaba a punto de comenzar a pintarrajear la imagen del libro de sociales cuando finalmente sonó la sirena. Menos mal, pensó, su paciencia estaba llegando al límite. Se levantó revuelo en el aula mientras sus compañeros, como cazadores acechando su presa, comenzaban a colocar sus libros en posición estratégica para cerrarlos lo más rápido posible en cuanto pudieran sin que se notase su intención de poner fin a su martirio cuanto antes, pero poco podían ellos disimular cuando sus caras eran fidedignos espejos de sus emociones. A pesar de sus esfuerzos colectivos, la señorita Adela pudo ver a través de ellos con tanta claridad como si estuvieran hechos de cristal.

-A ver, no guardéis los libros aún –dijo, su rostro torciéndose en una mueca que le evocó al llanto de un bebé- Que la clase no ha acabado –hubo de exhalar con este su lo que pareció su último aliento– La clase no termina hasta que lo diga el profesor.

Para ser una víctima tan indefensa del pesar, se decía Lucía, si tan solo no demostrara con sus órdenes que no se ha olvidado de estar en una posición de poder, quizá hasta la hubiera llegado a creer. Actuaciones como aquella habrían de exasperarla profundamente, y en lo profundo de su ser para gente así solo encontraba desdén. "Como si fueras la que peor lo está pasando aquí" pensó "si tanto te quieres ir podrías simple y llanamente dejar lo que queda para cualquier otro momento en que la

gente esté más atenta, no es tan difícil.”

Sazonando su despecho, Adela prosiguió con la lección con toda la calma del mundo, y para cuando dio la clase por acabada tardaron apenas un segundo sus compañeros en embestir contra la puerta en un intento se salir los primeros, una estampida digna de documentales de la selva.

-Madre mía chicos, que desastre –dijo Adela, apenas un suspiro, mientras se apoyaba la cabeza en una mano y cerraba los ojos, más para sí que para nadie.

¡Cuánto habría de molestarle la actitud de esa profesora! ¡Cuán fluctuante lucía toda esa autoridad, que poseía cuando le era útil y perdía a conveniencia! Hizo entonces un esfuerzo por atenuar las llamas que despertaban en ella y terminar de recoger cuanto antes.

-Tía, ¿hoy cómo vuelves a casa? –le preguntó Carmela.

-Déjalo, vete yendo –le dijo, revisando lo que tenía que llevarse de su pupitre- hoy no me esperes que voy a aprovechar para reorganizar esto.

-Se han ido la mitad de los del grupo de barrer –Les interrumpió Adela- Chicas de verdad, ¿os parece normal esto? –les preguntó, ahí volvía en su rostro aquella muñequita a punto de quebrarse.

Un pesado silencio se instaló cuando Lucía y Carmela se dieron cuenta de que estaba hablando con ellas. Ante la aparente incomodidad de Carmela, Lucía decidió hablar.

-Es lo que hay, supongo –dijo, su ánimo elevado retando el aura cansina que Adela emanaba.

-Quedaos vosotras a ayudar a barrer, anda –les pidió antes siquiera de darles la oportunidad de escapar.

Ahora, si bien la profesora tenía a Lucía ya enojada, esto hubo de dejarla al borde de la indignación absoluta.

-¿Cómo? –preguntó. Al ver que no le respondía, continuó- ¿Y eso por qué? ¿Qué he hecho yo ahora?

-Chicas mirad, yo sé que queréis llegar ya a casa, pero tenéis que pensar en las limpiadoras también –les dijo, la voz tan suave que cualquiera pensaría que ella era la niña- es por eso que asignamos los grupos para barrer. Es solo por hoy, pensad en todo lo que tienen que hacer con todas las clases. Les hacéis un favor enorme y no os cuesta nada.

Lucía no se lo podía creer. De verdad las iba a forzar a quedarse a barrer a pesar de que ni les tocaba esa semana y todo por no haber querido salir corriendo y contribuir a la recreación de la sabana que se formó. Definitivamente, pensó mientras agarraba la escoba, odiaba este lugar.

-Muchas gracias chicas –les dijo esbozando una de las sonrisas más débiles que Lucía había visto en su vida. No es que no le llegara a los ojos, pensó para sí, es que ni parecía haber iniciado el camino.

Dicho esto y tras despedirse, se fue de la sala. Lucía a punto estuvo de tirar la escoba e irse sin más, pero entonces alguien le empezó a hablar:

-A veces creo –dijo una voz que le era familiar pero que no acababa de cuadrar- que a esa mujer nunca le enseñaron lo que es el café.

Cuando se giró dos ojos dorados como el sol de verano le estaban dedicando su atención. Reposaba ante ella, curvada hacia delante y apoyándose en su escoba una chica con la cual apenas un intercambio de miradas le bastó para llevarla a pensar que conociéndola sería capaz de descifrar todos los secretos del universo. Su cara descansaba sobre sus manos, y por todo el encanto con que su pelo castaño caía a sus lados Lucía hubiera jurado que estaba ante un ángel de no ser por una traviesa sonrisa que relampagueaba en su rostro.

-Sinceramente –le respondió Lucía- lo único que aprendí en la clase de hoy es que parece ser que hay gente en este mundo a la que le pagan por hacer el payaso.

Ante esto la obra de arte que tenía ante sí abrió mucho los ojos con sorpresa. Luego, se echó a reír con tanta fuerza que se dobló sobre sí misma. ¡Ay, cuanto complació esto a Lucía! ¡Cuán bien hubo de sentirse al verla reaccionar de esta forma! Repentinamente, se habían vuelto pequeñas maleantes y eran cómplices en ese delicioso crimen, ¡cuánto le hubo de alegrar comprobar que había encontrado por fin a alguien que la entendía! tan acostumbrada estaba a que la gente se encogiera e incomodara que a poco estuvo de montar una auténtica fiesta en aquel momento, ¡Qué gran alivio le supuso que la chica que tanto le intrigaba pareciera estar de acuerdo con ella!

-A que sí, ¿eh? –Respondió- No quiero pasarme de lista, pero apenas ha empezado el curso y esa mujer ya me cae bastante mal. No aguanto cuando trata de hacerse la víctima o pretender que tengamos pena de ella.

-Mira, ¿tenemos siquiera que quedarnos aquí? –le preguntó Lucía, comprobando que efectivamente estaban solas en el aula. Adela ya se

había alejado y probablemente no fuera a volver.

-De hecho, eso era lo que te venía a decir. Entre que todos se iban y os quedasteis hablando, Clara y yo prácticamente acabamos el trabajo.

Y comprobó que esto era cierto, la clase estaba prácticamente limpia y a esas alturas eran las únicas que quedaban ahí. Dado que no parecía haber ningún adulto cerca, Lucía decidió darse un pequeño capricho y, arriesgándolo todo, decidió sucumbir a su pequeña fantasía aun con testigos en la escena y lanzó la escoba contra la pared que tenía más cercana mientras decía: ¡Que le den a esa Adela Suarez!' y en la excitación del momento y ante la idea de que jamás nadie más que ellas sabría lo que había ocurrido allí, ambas se rieron como auténticas maleantes.

-Si cualquiera de nuestros compañeros nos viera se escandalizaría –dijo la chica.

-Puede ser –le respondió Lucía- Sí, probablemente. Qué lástima que no sea el caso.

Al poco, sin embargo, recogió aquella pobre escoba que nada les había hecho del suelo y la colocó en su lugar. Aunque estúpido, aquel pequeño acto de rebeldía acababa de refrescar su día y sentía ahora sus energías renovadas.

-Bueno, ¿vamos yendo? –preguntó Lucía, incapaz de tolerar la idea de que alguien las viera y arruinara el momento.

-Ah sí, es cierto. Como no tengo prisa, se me había pasado mirar la hora –le respondió, mientras se preparaba para marchar.

-Oye –le dijo Lucía de la que cerraba la puerta y atravesaban el pasillo en dirección a las escaleras- Aun no me has dicho cómo te llamas.

Dirigió entonces sus grandes ojos mientras todo su cuerpo y atención se volvía y crecía en torno a ella como una enredadera y, en un instante que bien podía encerrar sobre sí una auténtica eternidad, le dijo:

-Yo soy Sara. –Sonrió. Un extraño pero agradable temor la inundó al ver una cierta malicia en su expresión- Y tú debes ser Lucía, ¿no?

-Sí.

Por un momento se planteó preguntarle cómo lo había sabido, pero decidió que dejar que permaneciera un secreto sería mejor. Fue entonces

que, sin nada más que añadir, comenzaron a bajar las escaleras.

***

Cuánto estaba tardando Sara aquel día, se decía Tere. Cansada de esperar, se reclinó contra la verja a la salida del colegio mientras veía los últimos grupos de alumnos marcharse, quedándose sola y sin saber muy bien qué hacer. Frente a ella se hallaban las calles cada vez más vacías de gente y un gran anunció de un restaurante de comida rápida, animándoles a visitarlo con todos sus amigos. "Déjalo estar" dijo una amarga voz en su cabeza "Sabes bien que sitios así no son para tí."

¡Pero no!, se resistió, eso no era verdad. "Mira dentro de tí" continuó esa parte de ella frente a su negativa "¿Cuántas veces has vivido ya esto? ¿Cuántas van a ser necesarias para que comprendas que no hay nada que puedas hacer para evitar este destino?"

Asfixiada por estos horribles pensamientos, comprobó en su reloj que habían pasado ya veinte minutos desde el final de las clases y empezó a encontrarse mal, casi sintió su estómago encogerse y tuvo que pelear para no caer al suelo y seguir de pie, ¿Por qué estaba reaccionando de esa manera ante algo tan insignificante? No lo sabía, pero no podía evitar preguntarse desesperada dónde podría estar por estúpida que pudiera parecer su inquietud desde fuera. "Por favor, vuelve Sara" se encontró deseando, "no me dejes atrás tan temprano."

Por suerte, justo en aquel instante apareció al fin Sara por la puerta y el alivio que esto supuso le dio a Tere ganas de llorar. Venía con otra chica que a Tere no le era familiar. Cuando las vio, no esperó ni a que llegaran a su altura y se apresuró a recortar la distancia entre ellas, escapando tan rápido como pudo de aquel lugar.

-¡Sara! –La llamó- ¿Cómo es que has tardado tanto? Ha pasado mucho ya desde que terminaron las clases.

Sara pareció despistada por un segundo mientras abandonaba lo que quiera que le estuviera contando a su acompañante para volver la vista hacia Tere.

-Ah perdona–dijo distraída.- Me quedé hablando con Lucía .

Por primera vez entonces le dedicó a aquella chica su atención. Era bajita, pero eso no impedía que su figura fuera sorprendentemente imponente. El pelo apenas le llegaba a la altura de los hombros y relucía en tonos

dorados tan profundos el de la miel recién recogida y esto, junto con sus ojos verdes como los primeros brotes de la primavera, le hubo de recordar a la suave brisa que acaricia las flores a principios de marzo. Y sin embargo, dulce como pudiera esta descripción sonar en papel, algo en su gesto era terriblemente amargo.

-Hola –dijo, su voz tensa como las cuerdas de un violín.

-Ah, hola –dijo Tere, en un intento de mantener la cortesía. El rostro de Lucía reflejaba un claro desagrado y algo en su expresión le dio un mal presentimiento– Bueno, ¿vamos yendo? -dijo, cada vez con más ganas de salir de ahí cuanto antes.

Se despidieron entonces de Lucía y su mal gesto en ese momento hubo de darle escalofríos. Sin embargo, una vez comenzó a hablar con Sara se relajó rápido.

-¿Cómo es que siempre sales tan tarde? –le preguntó

Hoy había salido con aún más retraso de lo habitual. Durante aquellas dos semanas que habían pasado desde su primer encuentro, Tere siempre había recogido lo más rápido posible al terminar las clases para evitar hacerla esperar, con miedo de encontrarse un día que no la viera aparecer y se hubiera cansado de ella, dejándola sola mientras continuaba con su camino. Ese miedo, sin embargo, había ido desapareciendo con el paso del tiempo, al ver que no sólo raramente llegaba antes que ella sino que además solía demorarse bastante más que la mayoría en atravesar la puerta de salida.

-Eyyy –respondió Sara, sonriendo- Ni siquiera tardo tanto, el problema es que tú llegas muy pronto. Aunque en realidad –continuó pensativa- muchas veces sí que me quedo hablando con alguien o vienen a hablarme mientras recojo y me entretienen –dijo, encogiéndose de hombros- ¿Que se le va a hacer? parece que le gusto a la gente.

Y era cierto, Sara de verdad le gustaba a la gente. Se llevaba bien con la mayoría y había estado, según tenía entendido, la mayor parte de su vida en los Santos Campos. En ocasiones como esa, Tere no podía sino preguntarse qué exactamente podía haber visto para habérsele acercado a hablar a ella de entre todos.

-Sí, no es que llegue tarde, es que eres tú la que llega pronto -continuó con convicción- Fijo que eres el tipo de persona que siempre llega a la hora punta a todo.

-En realidad –respondió Tere- si es un sitio que no conozco es probable que llegue un cuarto de hora antes –continuó, con total naturalidad. Sara la miró entonces con los ojos muy abiertos- ¿Qué? –Le preguntó,

encogiéndose de hombros mientras se reía- Así me da tiempo a explorar el lugar.

La bendijo entonces con una de las más deliciosas y genuinas expresiones de sorpresa que Tere había tenido el gusto jamás de presenciar y sonrió complacida de que hubiera tenido el efecto deseado. No había mentido: realmente solía llegar bastante temprano. A su forma de verlo, no hacer todo lo posible para llegar cuanto antes y que la otra persona no deba esperar era lo más lógico y lo único viable. Suponía un auténtico terremoto mental pensar de otra manera, algo inviable, pero al mismo tiempo que Sara no se atuviera en absoluto a esa ideología le resultaba a la par de lo más normal y se dio cuenta de que no podría haber sido de otra forma.

-Eres… -empezó a decir, negando con la cabeza- eres un caso aparte. Quédate con nosotras en clase mientras recojo si tanto te estresa.

-¿Puedo?- preguntó Tere abriendo mucho los ojos.

-Si claro, es propiedad pública, ¿sabes? -le dijo- Bueno, en verdad no, pero ya me entiendes.

Ay, ¡qué feliz le hacía estar viviendo una situación como esta, simplemente pasándoselo bien con sus amigas en paz y tranquilidad! qué buenas elecciones había tomado, se decía mientras pensaba en lo a salvo que le hacía sentir estar cerca de Sara.

De la que sus risas se iban apagando y los árboles de la zona del parque dejaban paso de nuevo a los edificios de la ciudad, Sara le propuso:

-¿Qué te parece si nos apuntamos a baile? –Aquí se giró y la observó detenidamente para ver su reacción. Tere permaneció sin embargo en silencio, muy sorprendida por lo que le acababa de decir, y cuando vio que no iba a comentar nada, continuó –En verdad no es que sea una actividad que me encante, pero creo que podría estar guay para conocer a gente –hizo una pausa- ¿Y bien? ¿Qué te parece?

Por algún motivo, se encontró a sí misma con dificultades para articular respuesta.

-Claro –dijo tras una breve pausa, dejando que esa confirmación calara- Me encantaría –terminó diciendo. Sara sonrió complacida por la respuesta –En verdad, quería apuntarme a baile y ya estaba pensando hacerlo por mi cuenta, pero si tuviera a alguien que me acompañase, sería mucho mejor.

Y esto era cierto. Aunque le daba cierta pereza, había planeado hacer alguna extraescolar ahora que tenían más tiempo de tarde para poder

conocer a más gente. No se le había pasado por la cabeza, sin embargo, que Sara se viera en una situación similar.

-¿Cómo es que quieres hacer eso? –le preguntó- Es decir, ¿no tienes amigos ya o no conoces a la mayoría de la gente de aquí?

-Lo hago, pero al habernos cambiado de clase mis amigas de primaria están ahora en otra –le respondió- Además, supongo que me apetece un cambio de aires.

Permanecieron entonces en silencio mientras Tere la observaba, fascinada. No podía sino estar agradecida de que sus caminos de alguna manera se hubieran cruzado, disfrutaba enormemente de aquellas conversaciones que tenían a la salida del colegio y de su presencia en general, y cuando pensaba en lo bajas que eran las posibilidades de que algo así pasara, que alguien tan agradable se interesase por ella y que además viviera tan cerca, se sentía increíblemente afortunada.

Continuaron así el camino a casa, envueltas por una apacible calma que trae consigo la familiaridad mientras hablaban de trivialidades que les fueran de interés. En momentos como aquel, Tere se sentía inundada de un tipo extraño de felicidad. Pensar que estos viajes tan bellos habrían de volverse una cotidianidad, aguardándole al salir del colegio en los próximos seis años, le parecía un sueño febril, lo más maravilloso que pudiera tener y no se le ocurría mayor favor divino que podría pedir. No era del todo capaz de creerse que algo tan bueno pudiera pasarle sin más, pero decidió disfrutar el momento de todos modos y abrazar el brillante futuro que tenía ante sí, al menos, se dijo, hasta que llegara el momento de despertar.

Capítulo 3

III

¡Qué sucesión tan extraña eran los días en el colegio de los Santos Campos! La acera que una vez había estado cubierta por las hojas doradas del otoño se convirtió frente a sus ojos en un pantano mientras llegaban las lluvias y tormentas del invierno a Galpuria. Qué extraño era ver cómo tan sutilmente los charcos que saltaban los niños en el recreo pasaban a ser terrenos embarrados con la llegada de la cálida primavera, que curioso verles ahora molestos mientras los atraviesan por haberse manchado totalmente los zapatos blancos, '¡eran nuevos!' se quejaban, mientras el tiempo poco a poco los arrastraba consigo a todos, a la ciudad entera adelante, cada vez más cerca de un nuevo verano.

Y los susurros que se oían por los pasillos, las risas fantasmagóricas de los alumnos que resonaban achicadas para que no se les oyera, ¡en qué forma más rotunda fueron silenciadas y apagadas cuando los primeros exámenes llegaron! ¡cómo callaron! ¡Cómo, a lo lejos, casi se podía oír a alguien llorando! Que belleza exhibía sin embargo la naturaleza humana cuando, junto con las flores, volvió la alegría a florecer en las clases aun consciente de que pronto volvería a ser acallada.

Qué extraño era ver cómo la vida iba y venía a las aulas de los Santos Campos cada mañana, como rechinaban las sillas y se cubrían de papeles los suelos, como poco a poco todas aquellas criaturas dejaban su huella en aquel lugar, unas más notables y otras menos, algunas temporales y otras permanentes, para que luego una vez se hubieran ido y comenzara a ponerse el sol en la tarde fueran eliminadas, como si el día nunca hubiera pasado cuando los encargados de la limpieza hacían su trabajo para devolver todo a su estado natural para que así los alumnos no se quejaran cuando llegaran la próxima mañana y el ciclo se repitiera y perpetuara, una y otra y otra vez en una sucesión que parecía no tener fin donde cada día de nuevo los niños a través de esos actos que luego tratarían de ser reparados reiterarían que ahí estaban, que eran, que vivían, que existían.

Con sus fuerzas ya casi agotadas se llevó el viento aquel día los últimos fragmentos del invierno que aún trataban de aferrarse a las recónditas esquinas de la ciudad, haciendo que ahora fuera para cualquiera en Galpuria imposible determinar que este había algo más significativo que un sueño perdido en sus recuerdos.

Estaba Lucía apreciando todos estos detalles en aquel día tan cercano a mayo cuando cundió en ella, ¡mayo! Pensó, ¿cómo era posible que ese

mes estuviera ya a la vuelta de la esquina si sentía como si apenas hubiera empezado abril? Y sin embargo ahí las saludaba, pacientemente aguardándolas mientras seguían abriéndose camino en aquella ruta sin posible pausa ni descanso, consciente de que su encuentro llegaría pronto y de forma inevitable.

-Eh, Lucía –se le acercó Alba, casi inmediatamente después de que sonara la sirena del recreo– ¿Podemos hablar un momento? –Le preguntó en tono más bajo en lo que Lucía dedujo que era un mediocre intento de discreción.

Suspiró y tras un breve momento de vacilación se dejó llevar hasta una esquina prácticamente vacía. Realmente no tenía tiempo para esto, pensó, no aquel día, así que una vez allí fue directamente al grano:

-¿Qué quieres Alba? Hoy no estoy de humor para tonterías.

-Escucha, tenemos que hablar del grupo –le dijo, sonando sorprendentemente seria para ser ella.- Hay que encontrar alguna manera de echar a Teresa y Olivia.

Así que era eso, pensó Lucía. Desde aquel día de septiembre en que por primera vez se quedó tarde hablando con Sara, habían empezado a hacerlo más y más a menudo hasta que se había vuelto un hábito diario. Eventualmente, sus amigas lo habían notado y habían empezado a unirse, siendo así que las amigas de Sara tampoco se quedaron atrás, de ahí que tuviera que aguantar a Tere y Clara junto con otras a la salida del colegio todos los días. De alguna forma, sin embargo, Sara parecía apreciarlas así que tampoco había opuesto demasiada resistencia a que estuviera con ellas. Estaba bastante callada y casi no había interactuado con ella en todo aquel tiempo, pero cada vez que lo hacía, aunque solo fuera para saludarla, Lucía no podía sino sentir un extraño rechazo al cual no sabía nombrar brotar dentro de sí.

El desprecio que tenía por esta, sin embargo, no era nada al lado del que sentía por Olivia. Mientras que Tere le daba realmente pocos motivos para ganarse su despecho no se podía decir lo mismo de la segunda. Desde que la habían sentado a su lado a principios de curso, no la había dejado prácticamente en paz. Olivia hablaba. Todo el rato. Y cada vez que abría la boca, Lucía se acordaba de por qué le desagradaba tanto. Ni una palabra pronunciada por ella demostraba sentido común, ni una idea medianamente racional salía de sus labios y su cabeza parecía estar llena de pájaros. Pero lo peor, peor de todo y lo que más habría de fastidiarla era que aun con esto todos a su alrededor habrían de alabarla y tratarla de manera especial, todos habrían de referirse a ella como inteligente cuando a sus ojos pocas personas había más estúpidas.

Este envenenado sentimiento resultó ser compartido por Alba, y desde el día en que esta le confesó su desagrado por ellas, Lucía puso fin a su silencio con respecto a ambas, al menos frente a Alba, y tras hablar de todo lo que no les complacía de las dos y de lo mejor que estarían sin ellas habían llegado a la conclusión de que de alguna manera tenían que librarse de ellas de forma permanente.

-Vale –le dijo- Sabes que te apoyo, pero, ¿a qué viene esto ahora? –Preguntó mientras comenzaba a negar con la cabeza- ¿Qué piensas hacer para ello?

-¡Ese es el problema, Lucía! –exclamó, tan exaltada como siempre- En nada va a ser el viaje de fin de año y me niego a tenerlas pegadas todo el día y que me lo arruinen –le dijo- Al menos a Olivia por favor, saquemosla de una vez –terminó.

-De nuevo –le respondió- muy buena idea y todo eso, pero ¿cómo piensas hacerlo?

Antes de que Alba pudiera responder oyeron a Sara llamarlas desde la puerta y se dieron cuenta de que eran casi las últimas que quedaban en el aula así como lo llamativas que debían resultar. Cuando le mencionó esto a Alba estuvieron de acuerdo en que el tiempo para hablar entre ellas se les había agotado y, mientras se giraba hacía el resto del grupo le dijo en bajo a Lucía:

-Escucha, hacemos hoy los grupos de habitaciones y hablamos de con quien ir en el bus. Son de dos en dos y como Tere va a estar ocupada este recreo deberíamos ser impares. Así nos aseguramos de que no tiene excusa para andar encima nuestro –dicho esto, se alejó un poco de ella y devolviendo su atención a quienes tenía delante.

-¡Saraaaaaaaaaaa! –exclamó, de vuelta a su actitud habitual

Que diligente podía ser Alba para lo que le interesaba, pensó entonces Lucía.

***

Lo primero que Tere vio aquel día a la salida del colegio al asomarse en la clase de sus amigas fue un libro de texto surcando el horizonte, un portero que le impedía entrar en el aula hasta que golpeó la pared y cayó, exhalando su último aliento mientras se acercaba al suelo en una posición que a Tere solo de verla hubo de causarle dolor. Una vez pudo pasar, vio

al otro lado a Lucía y Sara, la primera mirando complacida la escena y la segunda con otro libro en la mano, haciendo impulso para tirarlo y repetir lo que acababa de presenciar.

-Pero –comenzó a decirles- ¿Qué os han hecho esos libros?

Ay, cómo hubo de temblar cuando alzó la vista y se enfrentó a la mirada que Lucía le dirigió en aquel instante y tuvo que mirar al suelo para comprobar que no se estaba abriendo la tierra bajo ella o para evitar que ocurriera, pues temía que de ser observada con tanta intensidad mucho más tiempo cedieran sus rodillas y fuera tragada por la misma.

-Dan asco –dijo vagamente Sara.

Permaneció en silencio mientras observaba a Sara, que miraba complacida las hojas dobladas y torcidas del libro de ciencias. Parecía una rosa de papel que había perecido antes de llegar a florecer. Se sintió entonces compelida a recogerlo del suelo en que yacía, pero algo en la expresión de Sara la detuvo.

-¿No los vais a recoger? -preguntó

-¿El libro? –Sara calló por unos segundos, pensando- Nah, que se quede ahí. No tenemos deberes hoy así que no tengo que llevarlo de todos modos.

Y sin embargo, la visión de aquel libro plegado la impactaba de tal manera que se vio compelida a ponerle fin aun a pesar de lo que le había dicho. Cuando regresó y se lo devolvió a Sara está pareció algo sorprendida mientras le daba las gracias y lo guardaba en el pupitre mientras que Lucía solo puso los ojos en blanco. Bajaron así las escaleras como acostumbraban a hacer hasta que Lucia frenó de golpe.

-Mirad -las detuvo, señalando algo en la distancia. Cuando se giró, Tere vio que era una puerta en un rincón poco visible del pasillo.

De lejos, no parecía nada realmente especial, pero cuando se acercaron pudieron comprobar que, de hecho, parecía más vieja que las del resto del edificio, o al menos las que tenían en derredor, lo cual no hizo sino intrigarlas más. Después de intercambiar un par de miradas, Lucía se giró a Sara y le preguntó:

-¿Qué se supone que hay ahí detrás? No recuerdo haberla visto abierta nunca en mis años aquí.

Después de un breve momento pensándolo, Sara dijo:

-No lo sé. De hecho, aunque llevo en este colegio desde pequeña yo tampoco recuerdo haberla visto abierta nunca.

Centelleó de forma rápida y violenta una sonrisa taimada en el rostro de Lucía, tan veloz como la idea que se le había pasado por la cabeza y se instaló en ella mientras, en una voz más baja les dijo:

-¿Entramos? -

No esperó respuesta estaba ya enroscando su mano en torno al pomo como la serpiente se enroscó sobre la manzana cuando Tere la interrumpió.

-¡No! -Y tras esto su corazón dio un salto en el pecho ante el susto que le causó la intensidad con que lo que había dicho. Como si pudiera contener esas palabras que no había sido consciente siquiera de haber pronunciado, se llevó las manos a la boca, pero era demasiado tarde y las expresiones de confusión en el rostro de Sara y Lucía le confirmaron que ya no podía retirarlas- Es solo que parece una mala idea. Podríamos meternos en problemas -se intentó explicar.

-Tranquila, tía -le dijo Sara, mientras dejaba escapar un suspiro- Relájate, esto es un colegio, no va a pasar nada. Pero por favor, no vuelvas a gritar o acabarás por llamar la atención de algún profesor.

-Olvidadlo -intervino Lucía. Había dejado atrás cualquier apariencia de sutilidad y sacudía violentamente la puerta sin lograr resultados -Está cerrada con llave.

Caló el silencio entre ellas mientras procesaban esta información, ¡qué rápido se diluyó toda su emoción! ¡Cómo se encogieron sobre sí, decepcionadas mientras se diluía su atención!

-De todos modos, deberíamos ir ya a comer y darnos prisa- dijo Sara al fin- hoy tenemos baile.

-Es verdad -respondió Tere y aunque renuente, comenzó a girarse hacia las escaleras.

Lucía solo se encogió de hombros y se limitó a suspirar mientras las seguía hacia la salida.

***

Aquel día, mientras comían estuvieron hablando de una serie que Sara estaba siguiendo con su familia cada noche y de un acertijo que al parecer alguien le había contado. “Venga” le decía, “¡Tienes que intentar adivinarlo!” exclamaba, casi relamiéndose ante la idea de que le suplicara, pero Tere no iba a rendirse tan fácilmente y hacía frente a las circunstancias traduciendo su curiosidad en aparente indiferencia, “no me interesa” le respondía, cuando todo lo que quería decir era “por favor la curiosidad me está matando dímelo ya”. Cada vez que creía no poder aguantar más, su energía era restaurada por la cada vez más profunda desesperación de Sara.

Terminaron así de comer y se reunieron con las otras mientras esperaban a que empezara baile. Al entrar en la sala, la imagen de Alba y Carmela sentadas sobre una pila de colchonetas, una derramada como si se hubiera quedado sin energías, la otra encorvada y con expresión ausente les dio la bienvenida. Cerca estaba también Olivia, haciendo acrobacias frente a ellas aun si apenas ninguna la miraba. Olivia era otra de las chicas que había conocido en la extraescolar, aunque a diferencia de Alba y Carmela, que se habían vuelto más cercanas a Sara a través de su amistad con Lucía, ella no parecía tener relación previa con ninguna del grupo, sino que simplemente se les había unido hablando un poco cada día. Era quizás por eso que Tere le tenía una simpatía especial, ya que ella tampoco tenía pasado común con las demás.

En aquel momento parecían estar discutiendo y Alba se negaba a volver a ver las volteretas de Olivia alegando que no las estaba haciendo bien, que apoyaba la mano demasiado pronto y por tanto no eran válidas.

-Pero es que no puedo hacerlo de otra manera, ¡si no voy a perder el equilibrio y me voy a caer!

Alba estiró perezosa como un felino y despertó de su estado relajado para decirle, ahora con energía y llena de condescendencia:

-Pues entonces claramente es que no sabes hacerla.

Fue entonces que Carmela notó que habían llegado, y si bien hasta aquel momento se había mantenido ajena a todas ellas, recobró en un instante la vida y se apresuró hacía ellas

-¡Sara! ¿Qué tal? -las saludó

-¡Sara! –repitió entonces Alba, ahora absorta en el que fuera que Sara sacara como nuevo tema de conversación.

Aquella habilidad de Sara no podía sino dejarla impresionada: independientemente del contexto ella siempre parecía saber qué decir para impresionar a la gente o hacerla reír, y esto era algo que Tere no podía sino admirar profundamente desde la lejanía, por supuesto. No creía que nunca pudiera entender su magia o saber replicarla, pero le bastaba tenerla cerca para no necesitar nada más.

Era esto lo que pensaba cuando notó a Olivia a su lado, alejándola de este sueño en un intento de conseguir un poco de añadida privacidad.

-Oye Tere, quería pedirte una cosa, -le dijo, estaba un poco encogida y parecía tener miedo de algo, pero cuando Tere la alentó a continuar lo hizo sin vacilación- Verás… ¿Podrías ir conmigo en el bus para el viaje de fin de año?

¡Qué sorpresa fue para ella oír esto! ya casi se había olvidado de que se suponía que debía encontrar a alguien con quien sentarse en el viaje. Jamás había entendido el énfasis que algunos ponían en nimiedades como aquella, pero supuso que parte del motivo quizás era que no había nadie en especial con quien quisiera ir en primer lugar. A fin de cuentas, tendría algún libro con ella, por lo que estrictamente hablando no necesitaba ningún acompañante más.

Aun con todo, era agradable saber que alguien pensaba en ella y sabía que existía, así que asintió sin ningún reparo.

-Ah, y ya de paso, ¿te parece bien si te quedas conmigo en la habitación? –Olivia hizo entonces una pausa y miró en derredor. Luego, se giró hacia ella y bajando el tono de voz le dijo- Alba sacó el tema hoy en el recreo así que todas las demás ya tienen pareja.

Algo en el secretismo de la escena hubo de darle un mal presentimiento a Tere, así que colocó cada una de sus manos en sus brazos para transmitir aún más seguridad mientras le decía:

-Está bien –y entonces la miró directamente a los ojos- Pues que ellas estén juntas, nosotras lo estaremos también.

Y estas palabras complacieron mucho a Olivia, pues su rostro se iluminó mientras asentía. Poco después llegó la hora punta y cualquier otra posible discusión quedó atrás de la que las niñas brincaban de un lado a otro en la clase de baile, elevándose en pequeños saltos hacia el cielo mientras dejaban esas preocupaciones ancladas a la tierra, quedándose muy, muy atrás.

Capítulo 4

IV

Finalmente llegó la madrugada del esperado viaje y pronto Sara se encontró frente al colegio, maleta en mano buscando a Lucía con la mirada para subirse al bus. Al parecer hubo cierto alboroto con respecto a Tere al principio por haberse olvidado algo (qué exactamente es algo de lo que Sara no se enteró bien) pero que resultó ser irrelevante. Más allá de eso, no hubo incidentes.

Sara pasó el trayecto hablando con Lucía y cuanto más lo hacían más cercana a ella se sentía. Recordaba haberse visto intimidada por su imponente presencia tiempo atrás, haber querido dar el paso y hablar por primera vez con ella pero haber tenido miedo, ¡qué risa le ocasionaba esta idea ahora! Desde aquel día que por fin decidió acercarse no había sino encontrado gozo en tener al fin alguien en quien apoyarse y a quien poder confiar incluso sus antojos más enrevesados. Allí, sentadas una junto a la otra y escuchando la misma música por unos auriculares que compartían, se sintió más conectada con ella que con nadie.

Fue por eso que no oyó los tonos más elevados de lo habitual en que derivó una conversación que Olivia y Alba estaban teniendo al bajar del bus, o quizás simple y llanamente no los quiso escuchar para no arruinar el momento. Sea como fuere, lo que al final eligió fue tomar la mano de Lucía cuando iba a comprobar que estaba pasando para, en su lugar, acompañarla a la habitación a deshacer sus maletas mientras los engranajes de un proyecto mayor de lo que creía comenzaban a funcionar.

***

-¡Al fin, lo encontré! –dijo Tere, mientras alzaba la mano de su maleta con un ladrón en ella.

Lo colocaron en el único enchufe de la habitación y como hienas sobre su presa saltaron a conectar sus teléfonos móviles y otros aparatos para que se cargaran cuanto antes.

-Por cierto, gracias por lo de antes –le dijo Olivia- Por defenderme en aquella pelea con Alba

-Ah, no es nada.

Y no lo era. En verdad, había hecho poco en aquella discusión más que quedarse callada en una esquina y ofrecer apoyo ocasional en una voz que creía inaudible. Apreciaba su agradecimiento, pero realmente no creía que lo mereciera.

Aun con todo, se calló esto para sí.

-No sé qué les pasa últimamente –dijo Olivia en un intento de llenar el silencio- De verdad que creo que está más irritable que de costumbre, es como si saltara por nada –Buscó a Tere con la mirada con ganas de tener su aprobación, pero esta no sabía que decir, así que, de la forma más disimulada que pudo, la esquivó- Es que encima no sé ni qué estoy haciendo mal –continuó entonces- de verdad que estoy intentando que nos llevemos bien.

-A lo mejor es solo una sensación –respondió. En realidad ella pensaba lo contrario, estaba de acuerdo en que Alba estaba siendo muy injusta, pero por algún motivo aceptar esa idea la incomodaba de tal manera que acabó rechazándola casi sin pensarlo- No creo que sea nada serio o para preocuparse, seguro que pronto se le pasará –como si sus palabras fueran dirigidas más hacia sí misma que a Olivia, se sintió por acto reflejo más calmada tras decir esto- Sí –continuó, ahora sonriendo y más animada- Estoy segura de que se les pasará. Concentrémonos en pasarlo bien todas juntas en este viaje.

Pronto, Olivia se contagió de su optimismo y se encontró reflejando su misma sonrisa.

-Tienes razón –le dijo- Además, aun si Alba está un poco molesta aun te tengo a ti aquí.

Hubo de sorprender a Tere esta fuerte muestra de afecto, pues aunque se llevaban bien hasta hacía poco no habían pasado tanto tiempo juntas. Afloró en ella una oscura emoción entonces que no fue del todo capaz de nombrar y que, contra sus mejores deseos, la hizo retroceder.

-¿Bajamos con los demás? -le preguntó Olivia sin embargo, ajena a este cambio en el ambiente.

-Vete yendo tú, yo estoy algo cansada -e intentó excusarse con una débil sonrisa. En aquel momento y después del largo viaje se sentía demasiado cansada para hacer nada.

-Pues yo también me quedo –Le respondió.

Tere la miró sorprendida y esta vez ya algo más contrariada. Por supuesto que apreciaba el entusiasmo que Olivia mostraba frente a la idea de estar en su presencia, pero no podía sino preguntarse si llevada a este extremo seguía siendo bueno, pues no estaba segura de que el hecho de que Olivia se quedara sin hacer lo que ella quería fuera a hacerle bien a ninguna de las dos. Además, se sentía muy frustrada porque no hubiera sido capaz de leer entre líneas que en verdad era su deseo en ese momento estar un rato a solas.

A pesar de todo no dijo nada y solo asintió. Consideró más conveniente evitar el tema por ahora y tratar de sacar lo mejor de su situación actual.

Las horas siguientes pasaron tranquilas y agradables las dos en esa habitación hasta que eventualmente Tere decidió irse a dormir algo más temprano de lo habitual, e incluso cuando ahí le ofreció a Olivia ir con las demás abajo, esta lo rechazó de nuevo y prefirió ir a dormir con ella, lo cual esta vez ya más calmada no enojó a Tere tanto, sino que lo que le causó fue, por algún motivo, preocupación.

***

Se acercaban ya las doce de la noche pero Lucía no podía tener menos sueño. En verdad tampoco era nada sorprendente, solía dormirse muy tarde los días de clase, por lo que para ella la diversión acababa de empezar cuando los profesores anunciaron que tendrían que irse a dormir dentro de poco.

“Bueno” se dijo “pueden forzarme a ir a la cama, pero no a dormir”. Era la primera vez que podía pasar tanto tiempo con Sara y no estaba dispuesta a perder esta oportunidad. O bueno, al menos eso pretendía y probablemente hubiera hecho si no fuera porque Sara parecía pensar otra cosa.

-Tía –le dijo, sus ojos entrecerrados mientras trataba de disimular un bostezo- ¿Subimos ya?

A pesar de sus deseos de quedarse, no fue capaz de encontrar una excusa y por tanto cedió. Se estaban dirigiendo ya a la habitación cuando Alba apareció corriendo hacia ellas exclamando:

-¡Eh tías, que las mayores van a plancharle el pelo a Adrián, tenéis que venir a ver esto!

Y Lucía entonces se consideró la persona más afortunada del mundo porque aquello era, en el sentido estricto de las palabras, todo lo que hubiera podido desear. Miró más allá de Alba y, efectivamente, todos sus compañeros habían formado un corrillo en cuyo centro se encontraba Adrián, su tan familiar Adrián sentado junto a unas chicas que debían

estar en bachiller y que, en un esfuerzo colectivo, intentaban lograr que sus rebeldes y característicos rizos fueran doblegados aun si solo por un día para satisfacer la curiosidad de qué aspecto tendría. A su alrededor todos los niños se reían ante lo extraña que en conjunto resultaba la idea, pero mientras unos sacaban el móvil para hacer fotos el sonreía, saboreando cada gota de atención que en aquellos momentos recibía.

Lucía agarró instintivamente a Sara de la muñeca y se precipitó sin pensarlo dos veces hacia el corrillo de gente, tan impaciente y súbitamente ilusionada que, sin darse cuenta, ambas acabaron viendo el espectáculo en primera fila.

Observó tratando de recordar lo más detalladamente posible cada segundo, aun si solo por el gozo de poder por una vez abiertamente admirarle sin que despertara sospechas, ¡y vaya si disfrutó! ¡Qué familiares se habían vuelto ya para ella los ángulos de su perfil! ¡Cuánto le había observado aquel año en secreto cuando nadie estaba mirando! Pero, ay, esto no podía saberse, ese aprecio especial que tenía por Adrián nadie debía verlo, pues bien sabía ella que pocas cosas resultaban más ridículas que un potencial rechazo.

Con esto en mente, decidió aprovechar las circunstancias y se permitió relajar las estrictas medidas autoimpuestas que solía tomar a la hora de ceder a estas dulces fantasías y debió exponerse más de lo que había anticipado, pues si bien la mayoría de la gente a su alrededor estaba demasiado ocupada animando la escena, Sara parecía tener otras prioridades y este entusiasmo especial debió de serle evidente, pues cuando sus miradas se volvieron a cruzar Lucía se encontró con una ceja alzada y claramente inquisitiva por parte de su amiga. Y sin embargo, cada vez que lo hacía ella no podía sino apartar la mirada y tratar de reprimir una sonrisa.

A medida que se acercaba el final del espectáculo, la particular fascinación de Lucía se le hacía a Sara más evidente a la vez que su alegría más difícil de reprimir. Llegó hasta a negar sutilmente con la cabeza, aunque su rostro pareciera decir lo contrario y, aun a pesar de no haber mediado ninguna palabra, Sara abrió entonces mucho los ojos y Lucía supo que lo comprendió todo sin necesidad de hablar y que no podría hacer nada para tratar de ocultarlo, pues la verdad le era clara y no había vuelta atrás.

Acabaron finalmente de plancharle el pelo y Lucía se sintió decepcionada de que hubiera sido tan breve mientras la emoción del momento se iba desvaneciendo poco a poco. En cuanto Sara amagó acercarse para hablar del tema ella se levantó rápido y se dirigió hacia Alba y Carmela para tratar de postergar la inevitable conversación. Cuando pasó el suficiente tiempo y Sara no se les unió Lucía se giró confusa para ver qué pasaba y vio que, como aquel día tantos meses atrás a principios de curso, Clara la tenía entretenida. Se sintió frustrada por un segundo, pero el alivio la

inundó cuando, ¿podía ser verdad? a pesar de los esfuerzos de Clara, estaba claro que ella desde la distancia era el verdadero centro de la atención de Sara ¡Cuánto la emocionó esto! Pero no, se recordó, esto era algo serio, estaría en problemas si desvelaba ese secreto, y sin embargo, cada vez que sus miradas se encontraban ¡no podía sino arder en deseos de confesar! Deseaba llevarla lejos y responder a todas sus preguntas… pero no, no, se decía, ella por supuesto no quería hablar de eso ni iba a decirle nada a nadie… ya había pensado en ello detenidamente y había llegado a esa conclusión por sí misma, todas las chicas cercanas a ella no eran adecuadas para saberlo: Alba era muy indiscreta y Carmela no era realmente de fiar, pero Sara sin embargo… no, se había dicho que su amistad era muy reciente y valiosa, no estaba segura de si estaría arriesgándose demasiado, a fin de cuentas aun no le había confiado ningún secreto, y empezar por uno tan importante para ella se le hacía demasiado temerario, y sin embargo no podía dejar de fantasear… ¡Ay, qué difícil le era mantener aquella charla trivial! Bien deseó poder arrojar lejos a Alba y Carmela y hablar con Sara ya, pero logró reprimirse el tiempo suficiente.

Eventualmente los profesores les mandaron ir a la cama, y cuando pararon en la habitación para coger los cepillos de dientes en los últimos preparativos antes de irse a dormir, Sara cerró la puerta de la habitación tras de sí una vez estuvieron las dos dentro y se apoyó contra ella, para asegurarse de que ya no pudiera escapar.

-Tía –le dijo, y eso junto con la mirada tan significativa que le lanzó estuvo cargado de implicaciones.

Lucía se sintió increíblemente nerviosa y supo que se había sonrojado, así que para escudar sus emociones desvió la mirada mientras negaba en un pobre intento de disimular sus tan apabullantes emociones.

-No me lo puedo creer –continuó diciendo, cada vez con los ojos más abiertos. Miró en derredor, como para confirmar que nadie las escuchara a pesar de que estaban solas y entonces continuó- Me estás diciendo que te gusta…

Y dejó la frase inconclusa. Era algo entre una pregunta y una afirmación, pero claramente la primera parte solo estaba ahí por cortesía, era a esas alturas más que evidente que en efecto ese era el caso, y aunque podía haber seguido negando no lo hizo, ya no tenía sentido. Además, admitió al fin para sí, se estaba muriendo porque Sara lo supiese. Había querido contárselo todo ese tiempo, comprendió, pero no había sido capaz ni de hacerlo ni de admitir frente a sí misma este deseo. De esta forma su orgullo la había forzado a limitarse a darle a Sara pistas con la esperanza de que lo viera, y a ella, siendo tan observadora como era, no se le había escapado. Respiró en paz pues, sintiendo un poco menos de peso ahora sobre sí. Sin embargo, no se permitió seguir entrando en detalles, no en

aquel momento, y le dijo:

-Tenemos que lavarnos los dientes. En serio, debemos dormir pronto y les veo capaces de mandarnos a la cama con los dientes sucios si no los lavamos enseguida.

Y Sara siendo consciente de que tenía razón en esto, cedió a regañadientes y fueron al baño. Había más compañeras de otras habitaciones usándolo también, por lo que no pudieron hablar del tema. Una vez en la habitación, sin embargo, no pudo escapar: poco antes de que apagaran la luz Sara le dijo, entusiasmada y mirándola solo a ella: -¡Cuéntamelo todo!

Esto fue pues lo que necesitaba oír. La señal de confirmación que necesitaba para que todas sus emociones de los meses anteriores se derramasen sobre Sara; le explicó en la oscuridad de la noche y entre susurros todo, como se habían estado hablando más y más aquellos días, como volvían casi siempre juntos a casa al menos parte del camino y bajaba entonces el volumen de las risas cuando la profesora les picaba a la puerta, chicas a dormir, desde el otro lado les decía, que mañana vamos a caminar mucho, tenéis que estar descansadas, les decía, pero a ellas eso no podría importarles menos, ambas estaban demasiado emocionadas, la una contándolo todo, la otra escuchando esas revelaciones. Hablaron así durante horas hasta que no pudieron más y quedaron dormidas bien pasada la hora en que debían haber ido a la cama, aunque si hubiera sido por ellas se habrían quedado despiertas más, muchísimo más.

***

El resto del viaje fue igual que el primer día y transcurrió sin mayores incidentes, Sara y Lucía siempre juntas, ambas luciendo cansadas ya desde la mañana pero cobrando vida cuando caía la noche, Olivia sin separarse de Tere y Alba molestandolas cada vez que pudiera, Carmela estaba presente, si bien junto a ellas parecía que en realidad se encontraba en un lugar muy lejano y Clara trataba simplemente que Sara no la dejara atrás. Pronto, casi en tan solo un parpadeo, las niñas se encontraron en la cena del último día.

-Bueno chicas, llegó la hora -dijo Lucía, comenzando en su rostro a brotar una sonrisa llena de picardía- ¿qué os apetece hacer esta noche?

-¿A qué te refieres? -preguntó Tere- dormir, ¿no?

Ay, aquí tuvo que hacer un auténtico esfuerzo para aguantar la risa, ¡cuán inocente podía ser aquella chica a veces! Debía admitir que algo en sus ojos tan abiertos y llenos de curiosidad casi le hubo de inspirar ternura, pero no, Teresa iba a necesitar mucho más que eso para ganarse siquiera

una pizca de su simpatía.

-No seas tonta -le dijo- es la última noche, es decir el momento de liarla sin que puedan castigarnos durante el viaje. Es una tradición milenaria según la cual es el deber de los estudiantes armar una gorda ahora o nunca.

-¡Sí, hay que hacer algo! -Se apresuró a respaldarla Alba.

-¡De eso ni hablar! -exclamó Olivia- Yo no pienso meterme en ningún lío tan cerca de fin de curso, me voy a la cama nada más terminar y Tere vendrá conmigo también ¿a que si? -preguntó mientras se giraba hacia ella.

-Emmm -murmuró la aludida mirando a otro lado

-Nadie ha pedido tu opinión -soltó Lucía casi sin pensar- Si no quieres venir, entonces al menos déjanos estar a nuestro aire.

-Yo me apunto -interrumpió Sara

-Pero qué desastre -suspiró Clara. Hasta donde Lucía sabía esa había sido la mejor amiga de Sara hasta hacía poco, aunque ahora prácticamente casi no se veían. Sin embargo, por algún motivo había estado pegada a ellas durante esa excursión.

-Está bien, entonces yo voy -dijo Tere para sorpresa de todos.

Y si bien esto fue increíblemente inesperado la determinación en su tono fue suficiente para que Sara y Olivia si la tomaran en serio, cada una reaccionando de forma opuesta, y mientras que Sara exclamó un orgulloso "¡vámonos!" Olivia no pudo sino mirarla con horror ante aquella inesperada traición. Lucía, por su parte, simplemente no se creía en absoluto que Tere fuera a hacerlo, pero discutírtelo no tenía ningún sentido cuando ella misma se iba a poner en evidencia cuando no apareciera en unas horas. Simplemente y como solía decir, "no hay huevos" y a Lucía no se la engaña tan fácilmente.

-A ver, ¿qué tenéis planeado hacer exactamente? -preguntó entonces Sara

-Ah, eso es lo de menos -le respondió, la malicia aflorando en su voz -es la emoción del momento lo que importa.

***

Clara no estaba en absoluto contenta con la idea.

A pesar de su inicial renuencia, tras hablarlo un rato con Sara terminó cediendo y se les acabó uniendo. Acordaron pues que irían a sus habitaciones y saldrían una vez hubieran pasado a comprobar que estaban en sus dormitorios. Tras eso, se quedarían en una habitación pequeña de la planta baja para que fuera menos probable que las oyeran.

Aunque había estado realmente tentada de simplemente dormir junto con su compañera de habitación, acabó siguiendo el plan de Lucía para su disgusto. "¿Pero por qué vas a hacer eso?" le había dicho Carmen desde la litera de arriba "Va, ¿no te apetece quedarte y charlar un rato?" Y se había sorprendido pensando que sí, que realmente lo prefería, que quería quedarse aun si casi no la conocía frente a hacer estas tonterías, pero cuando pensó en su relación con Sara en el último año, en cómo ni siquiera eran ya compañeras de habitación en las excursiones comprendió que si no quería perderla para siempre tenía que ir.

Ciertamente, Sara siempre había sido lo que algunos llamarían un 'espíritu libre'. Se conocían desde la guardería y, a pesar de haber sido casi desde entonces mejores amigas oficiales no había habido un momento en que realmente hubiera sentido que comprendía cómo funcionaba su mente y con frecuencia se había descubierto deseando entrar en su cabeza y ser capaz de ver el mundo por sus ojos, pero como una bella mariposa, cada vez que creía haberla atrapado, cuando se estiraba para tocarla se le escapaba entre las manos.

Esto jamás le había importado realmente, quizás e incluso aunque en algunas ocasiones la había molestado, era hasta parte de su atractivo. Era para ella irrelevante porque, a pesar de todo, siempre volvía a su lado, era libre de explorar el mundo a sus anchas y de pasar fuera cuantos días quisiera pero que eventualmente siempre regresaba, siempre, pensó, hasta aquel momento.

Cuando se paraba a pensarlo no era capaz de decir muy bien por qué, solo sabía que si bien otros años Sara se podía distanciar en ciertos momentos, aquel curso había sentido que cada vez estaba más lejos, que se iba quedando más y más atrás en una carrera invisible, un globo que se eleva más y más alto hasta que es imposible alcanzarlo en su ascenso al cielo mientras los demás desde la lejanía de la tierra no podían hacer nada salvo limitarse a mirar. Por más que intentara saltar, por más que intentara atraparla de vuelta no podía sino sentir que no llegaba ni cerca y a veces se había llegado a plantear si vivían siquiera en el mismo universo. Ahora, Clara no iba a culpar a nadie de esto, por supuesto, pero cuando al esperar a Sara se daba media vuelta y la veía riéndose con Tere o pululando en torno a Lucía con esa adoración y fascinación que era incapaz de contener no podía sino preguntarse: ¿Qué tenían ellas que ella no? ¿Qué las volvía tan interesantes e intrigantes como para que se

olvidara de ella? No importaba cuánto se esforzara, y ciertamente lo estaba haciendo, no era capaz de sacar las mismas reacciones que aquellas dos parecían despertar en ella. De esta forma, cuando las veía no podía sino pensar que las cosas estaban mejor antes de que se les unieran, que era todo mucho mejor cuando solamente estando juntas sin hacer nada realmente especial eran felices.

Cierto, Sara siempre había parecido distraída, pero se lo pasaban bien, ¿no? Sí, era verdad que no recordaba que Sara hubiera lucido tan viva, tan emocionada y en general presente en aquellos momentos como lo estaba ahora, pero eso no decía nada, ¿no?, habían estado contentas las dos sin necesidad de nada más, ni de sentirse especiales ni conectadas ni nada de eso, podían pues, concluyó, prescindir de ello y pretender que aquel curso no había pasado, ¿no?

Estos pensamientos la acechaban sin darle la más mínima tregua y eran los que la perseguían, como espectros, en la oscuridad de la noche mientras se hacía camino a través de las sombras de aquel tan silencioso pasillo.

De repente y dándole vueltas aún al asunto, cayendo en cuenta de que no había nadie en torno a ella que pudiera verlo, sintió ese enojo que le provocaba el distanciamiento de Sara deformarse como la arcilla y volverse con pasmosa facilidad en una enorme miseria que casi la forzó a caer al suelo y hubo de causarle unas enormes ganas de llorar mientras nadie pudiera verla.

Volvió a plantearse lo que estaba haciendo mientras trataba de sofocar esa enorme tristeza que se propagaba por sus pensamientos como una pandemia y se planteó seriamente marchar, pero no, se dijo, no aflojó la presión que hacía para contener las lágrimas y espero para calmarse antes de entrar, consciente de que de alguna manera, había completado el camino y se hallaba delante de la puerta.

Respiró hondo mientras escuchaba. Podía oír ya sus voces al otro lado, subiendo y bajando como una montaña rusa, de repente un susurro, luego todas a la vez se unían, un murmullo bajo pero claramente audible en el enorme silencio de la noche y finalmente el clímax: todas hablando a la par tratando de hacerse oír unas sobre otras en un ruido claramente audible hasta que se volvían conscientes y callaban, y así el ciclo volvía a empezar.

No tuvo que preguntárselo, tenía claro que no quería estar ahí, pero lo haría igualmente, lo haría porque no quería que Sara se siguiera alejando, aún si parecía hablar un idioma que ella ni comenzaba a entender, la seguiría a ese mundo privado suyo, se dijo de la que entraba en la sala, podría tener al fin el privilegio de descubrir lo que escondía en su corazón, ¡lo que se había preguntado durante años! Sí, se convenció, todo iría bien,

todo saldría bien.

Y sin embargo, mientras abría la puerta y un ínfimo rayo de luz se hacía paso a través de ella, todo lo que pudo pensar fue en lo mucho que deseaba que no hubieran cambiado así las cosas, en lo horrible que era su situación ahora y en el gran error que estos cambios habían supuesto en sus vidas. En definitiva, Clara se encontró lamentando que aquel pequeño rincón de paz y calma que tenían de pequeñas se hubiera esfumado tan pronto.

***

Sara sentía la adrenalina vibrando por su cuerpo mientras avanzaba por los oscuros pasillos de aquel lugar a apenas unos pasos de distancia de Lucía. Pronto alcanzaron su destino y poco después fueron llegando las demás: primero Tere, para gran sorpresa de Lucía, y luego Carmela y Alba.

-Bueno –comenzó a decir- ahora que estamos todas, ¿qué hacemos?

-Espera, voy a poner música –dijo Alba mientras buscaba en su móvil la misma canción de moda que habían ya oído como diez veces a lo largo del día.

-¡Pero que haces, idiota!- saltó Lucía- No tenemos que quedarnos calladas, pero el plan se supone que es en primer lugar no hacer ruido.

-Pero la pongo baja –continuó Alba, ignorando el creciente enojo de Lucía.

-Shhhhhhhh –intervino Sara- Chicas, bajad el volumen. Y Alba, por favor quita esa música.

Entonces Alba se vio forzada a ceder y renunció a su idea de ponerles la canción que tanto le gustaba, pero no sin un gesto de disgusto y una amarga queja en voz baja. En aquel momento Sara oyó un ligero repiqueteo y cuando se giró hacia Tere observó que estaba dando golpecitos ansiosos contra el suelo.

-Quizás todo esto no ha sido buena idea –dijo tan bajo que a Sara aun estando a su lado le costó oírlo. Ahora que la excitación inicial había desaparecido debía estar replanteándose sus elecciones. Aquello encajaba más con la Tere que conocía, eso desde luego.

-Si no quieres estar aquí, entonces vete –le respondió Alba, demasiado rápido, demasiado alto y de forma demasiado brusca como para disimular su hostilidad. Tere debió tomarse esto como un reto ya que apretó los labios, miró a un lado y permaneció quieta, sin moverse en absoluto como

clara respuesta.

-Baja el volumen –dijo Sara en un susurro más agresivo de lo que había planeado, pero ya cansada de tener que llamarle a Alba tanto la atención.

-¡Pero si no estoy hablando tan alto! –se quejó, ya sin molestarse en tratar de susurrar.

Y Sara iba entonces a replicar pero sin previo aviso sintió su corazón acelerarse y contraerse con nervios cuando la puerta de la habitación comenzó a abrirse con un pequeño chirrido. Se giró en busca de la mirada de Tere esperando encontrar en ella una respuesta a qué debían hacer mientras se temía lo peor, pero cuando la vió comprendió que, si acaso, su amiga tenía menos idea de cómo proceder si las pillaban que ella: estaba encogida, temblando de una forma que Sara no sabía que fuera posible y pareció querer extender una mano en busca de apoyo hacia ella pero se contuvo en el último momento por motivos que a Sara le eran ajenos, y por un breve instante creyó volver a ver a aquel cervatillo a punto de salir corriendo que su imagen le había evocado el día en que se conocieron tantos meses atrás.

Dado que permaneció quieta, Sara decidió estirar su propia mano hacia ella y, aunque de primeras pareció sorprendida, la aceptó con rapidez. Se prepararon para lo que estaba por llegar y justo cuando Sara empezaba a extrañarse de que quien estuviera detrás tardara tanto en abrir del todo la puerta, sus nervios se diluyeron cuando confirmó que no era ningún profesor sino Clara, que al final había decidido venir. Sara sintió una punzada de culpa por haberse olvidado de ella, pero pronto lo dejó estar.

Todas las allí presentes exhalaron tranquilas al fin mientras el mundo volvía a recomponerse a su alrededor. Al verlas así, Clara pareció confusa y se disculpó por llegar tarde antes de preguntar si se había perdido algo importante.

-Tía –le empezó a decir Lucía- ¿Qué pasa contigo? ¿Cómo te quedaste quieta tanto tiempo? -sin darle tiempo siquiera a contestar, negó con la cabeza- Pensamos que eras un profesor.

-Llegaste bien –logró decir Sara cuando recobró la voz- Aún no hemos hecho nada ni tenemos idea de que hacer, para variar.

Clara pareció aliviada ante su intervención y le dirigió una sonrisa de agradecimiento a la que Sara correspondió casi de inmediato, pero no llegó a ver el esfuerzo que le costó a quien una vez fue su mejor amiga esbozarla en primer lugar.

-Tías –dijo Carmela- Son las tres y veinticinco de la mañana, ¿no tenéis sueño? –preguntó con cierta reticencia- Quizá podríamos dejar todo esto y

volver ya a dormir.

Esto se ganó un pequeño puchero de Tere y una abierta mirada hostil de Lucía y Alba, que parecían disimular su descontento mucho peor que ella. La mueca de la primera, sin embargo, no duró mucho pues en breve se transformó en un gesto de sorpresa al darse cuenta de algo importante y mientras juntaba las palmas de sus manos con entusiasmo llenó aquellas oscuras cuatro paredes de emoción.

-Esperad un momento –les dijo- ¿Entonces ya casi son las tres treinta y tres, no? –Y cuando ellas asintieron, continuó- ¡Quedémonos despiertas hasta entonces! Dicen que esa es la hora del diablo o algo así.

¡Qué extraño le resultó a Sara que, de entre todas, fuera Tere quien diera una idea tan descabellada! Con su apariencia angelical le resultaba imposible vincularla con tales extravagancias, pero ahora que se fijaba le pareció ver en la profundidad de sus ojos el brillo de la luna llena en una mística noche de otoño. Estaba a punto de negar aquello y a sugerir que dejaran atrás esas tonterías cuando, para su sorpresa, Lucía pareció complacida por la idea.

-Tías, ya sé que hacer –les dijo- ¿Por qué no llamamos al seis seis seis a las tres treinta y tres?

Alba pareció contenta con el plan, Tere estaba muy animada y llena de anticipación, Carmela se mostró extrañada con la idea pero luego afirmó que no le importaba y Sara misma pronto se vio contagiada de su entusiasmo. Clara, sin embargo, no parecía muy convencida, aunque permaneció en silencio.

Embriagadas por la intriga y atraídas por el misterio de la situación decidieron, por sugerencia también de Lucía, tratar de apagar todas las luces de la sala y dejar solo una encendida bajo su cara, lo cual todas salvo Clara estuvieron de acuerdo era una idea brillante.

-No sé–le dijo en una confidencia, lo suficientemente bajo para que no la oyeran- Es que se ve realmente ridícula.

Y era cierto. La única similitud con la imagen escalofriante que había venido a la mente de las niñas era que tenía su atención, pero si bien quería darle un aire espeluznante y fantasmal a su rostro, solo lo había convertido en una media luna reflejada en el océano; la silueta de su nariz ondeaba como las olas con el temblor de la luz que causaba con cada movimiento de la mano que sujetaba la linterna, sus facciones se veían inestables y difusas y ciertos elementos pasaban prácticamente inadvertidos, pues donde dos fulgurantes ojos debían haberse visto, a la hora de la verdad solo les eran visibles dos abismos que no podían hacer justicia a la picaresca que se escondía en sus profundidades. Sara se calló

esto, sin embargo, y lo dejó estar. Sentía que compartirlo con las demás arruinaría el ambiente y no era necesario destrozar de forma tan violenta la ilusión que reinaba en Lucía.

-Muy bien –dijo Lucía, mirando en derredor- Ahora, ¿qué móvil usamos?

-Yo no puedo hacer llamadas. Me dieron el móvil pero sin tarjeta aun, así que el mío no puede ser. -se apresuró a decir Carmela.

Ciertamente, Sara no creía que fuera a pasar nada: no creía que nadie, ni un diablo ni un desafortunado con ese número fuera a coger el teléfono, pero de todos modos la posibilidad de que ocurriera, por mínima que fuera, le inquietaba, así que dijo:

-Yo tampoco puedo usar el mío. Mis padres revisan mis llamadas y probablemente me castigarían si lo vieran.

-A mi igual –dijo Tere. Ya claro, pensó Sara casi riéndose. Tenía que enseñarle mejor a disimular.

Cuando Alba confirmó lo que ya esperaban, que el suyo tampoco podía ser, todas se ganaron una mirada molesta de Lucía.

-Bueno, pues nada –dijo Clara, a duras penas conteniendo la sonrisa- Tendremos que irnos ya a la habitación y quedarnos sin hacer nada. Una lástima.

-No tan rápido –saltó Lucía. Apagó la linterna de su móvil y, sumidas en la oscuridad, continuó- Usaremos el mío. Que alguien me deje el suyo de linterna.

Eran ya las tres y media y estaban todas listas y preparándose cuando Tere dijo:

-Espera, pero a qué número exactamente vamos a llamar, ¿al seis seis seis y ya?

-Si claro tía, ¿a cuál si no? –le respondió Lucía algo molesta.

-No sé, es que así no creo que funcione. Es decir, los números de teléfono son de unos nueve dígitos en la mayoría de casos, a veces más, no creo que exista uno formado por solo tres.

-Esa creo que es la línea del sexo –intervino Alba- Ya verás tu que nos van a cargar una factura enorme solo por marcarlo.

-Pero qué dices tía, eso es una chorrada –le dijo Lucía, cada vez más

enojada.

-Que sí que sí, que eso pasa –dijo firme y seria Alba- Lo vi en una película.

-Creo que lo estas confundiendo con el seis seis nueve -puntualizó Sara.

-¿Ese no era el número maldito? -preguntó Carmela

-No, ese es el tres tres tres.

Siguió la discusión y antes de que se dieran cuenta estaban todas hablando a la par, intentando hacerse oír unas sobre las otras, ya sin recordar en absoluto que debían estar en silencio. Por este preciso motivo no debería haberles sorprendido cuando su discusión se vio interrumpida por un agudo grito ahogado procedente de la puerta.

Sara lo intentó, de verdad que lo intentó, y supo que ahora sí debería preocuparse, pero no pudo evitar que su primer impulso al ver el rostro contorsionado en una exagerada muestra de terror de la señora Adela mientras retrocedía y se caía de culo del susto fuera el de reírse. Y lo hizo, por unos momentos al menos, realmente quería parar y recuperar la compostura más que nada porque era vagamente consciente de que se metería en problemas por esto pero, viéndola jadeando mientras se secaba las lágrimas del miedo, se dio cuenta de que no había nada que hacer: su impulso infantil pudo con ella.

-¡Pero chicas! -exclamó su profesora cuando se pudo recuperar. Entonces sacó las fuerzas para levantarse y se horrorizó al ver su reacción- ¿Cómo… cómo podéis reiros en una situación así? ¡no, a mi no me hace ni pizca de gracia! -a medida que su voz se volvía seria, más se le pasaba a Sara el subidón del momento. Ahora ya no se reía, pero tampoco estaba particularmente preocupada, no cuando era Adela, la que les regañaba.- ¿Qué hacéis aquí a estas horas? ¿Se puede saber por qué no estáis en vuestras habitaciones? -cuando ninguna respondió, continuó- ¿Qué, ahora no decís nada? ¿Es que no os enterasteis de que mañana salimos temprano? Porque el bus sale de aquí a las siete y si no despertáis no vamos a quedarnos todos aquí por vosotras.

-Es que no podíamos dormir -dijo entonces Lucía, serena y confiada de una forma tan inesperada dada la situación que Sara supo con certeza que tenía que estar fingiendo.

-A mi no me hables así.-soltó inmediatamente Adela junto con un gesto de sorpresa- Pues si no podéis dormir contáis ovejas, pero no montéis un circo. Fuera de aquí, volved todas inmediatamente a vuestra habitación.

No quiero volver a veros armando escándalo.

Y ahora sí, ninguna se atrevió a replicar. Una tras otra todas se levantaron y comenzaron el camino de vuelta a sus habitaciones excepto Tere, que permanecía sentada en absoluto silencio. Cuando Sara intentó captar su mirada para tener una pista de por qué no se había movido del sitio le fue imposible y por primera vez se vió incapaz de entender a su amiga; el libro abierto que era Tere se presentaba ahora cerrado a cal y canto frente a ella y por más que peleaba no era capaz de leer ni un atisbo de sus sentimientos. Cuando Lucía, que la estaba esperando en la puerta, le lanzó una mirada impaciente Sara fue consciente de que la profesora Adela seguía delante de ellas y de que permanecería allí hasta que las viera irse. Así pues decidió que, sea lo que fuera lo que estaba pensando su amiga no le quedaba otra que interrumpirla por el bien de todos los presentes.

Acababa de decir su nombre y estaba a punto de darle el más ligero toque cuando de golpe recobró la vida y levantó la cabeza como un resorte. Sus dos ojos, grandes y vidriosos la golpearon ahora con tanta intensidad que apenas pudo creer que un minuto atrás los hubiera encontrado prácticamente vacíos, es más, apenas se explicaba cómo podía tener tanto encerrado sin que la hubiera hecho pedazos.

-¡Espere! -profirió en este arrebato. Por un segundo pareció tan sorprendida como todos los presentes, pero cuando recobró el aire aquella extraña fuerza volvió a tomar control de ella- Lo siento… ¡Lo siento mucho! Perdónenos, señorita Adela, ¡le prometo que esto no volverá a pasar!

Una vez la sorpresa del momento hubo pasado, Sara se encontró aun más extrañada si cabía por lo que acababa de ocurrir. El eco de aquellos pajarillos que Tere había dejado escapar en forma de esa súplica revoloteaban en el silencio de la sala y no pudo sino preguntarse, ¿cuántas más cosas guardaba Tere en su interior que no dejaba salir? Se le ocurrió entonces que quizá bajo sus propias narices se hallaba escondida una Tere que aún no conocía, y si bien se vio intrigada por esta posibilidad no pudo sopesarla mucho, porque al poco Adela tenía lista su respuesta.

-Encontrarte aquí es lo que menos me esperaba y lo que más me ha decepcionado de todo este espectáculo. No me esperaba esto de tí, Teresa. Ahora volved a vuestra habitación.

¡Ser intimidada por Adela de entre todas! Quizás Sara pudiera sentir pena por Tere si no fuera la situación tan ridícula, ¿por qué valoraba de esa manera lo que aquella señora, siempre quejándose por lo bajo y amargada, pudiera pensar de ella? Sea cual fuere el motivo, al ver la profunda tristeza de Tere sintió una mezcla entre compasión y vergüenza

ajena. Ya la enseñaría, pensó Sara, ¡reaccionar así ante tal tonteria! Tere tenía mucho que aprender, pero no pasaba nada: el tiempo, al menos por ahora, estaba de su parte. En aquel momento, sin embargo, lo único que podían hacer era volver a la cama.

El camino de vuelta fue incómodo y ninguna de las tres dijo nada. Sara habría tenido que estar ciega para no notar la hostilidad de Lucía hacia Tere aun si ella estaba demasiado impactada por lo que había pasado como para sentir nada, pero para suerte de todas mantuvo la boca cerrada. Sara por su parte no sabía muy bien qué pensar de todo aquello, pues si bien era cierto que aquel arrebato había sido un poco, bueno, digámoslo claro, penoso, era su instinto natural el tratar de apaciguar el ambiente y más aún después de que su plan se viera frustrado.

Eran ya las cuatro cuando se despidieron de Tere de la que iban a su habitación y Sara tuvo que contener la risa de nuevo cuando se le ocurrió que el ritual satánico debía haber funcionado, pues al final sí que habían acabado invocando lo que ella bien consideraría el diablo a la tan afamada hora maldita. Con todo, pensó Sara antes de dormirse, aquella había sido una curiosa noche de las brujas y, aun si Tere pensaba lo contrario y estrictamente hablando habían fracasado, Sara no se encontraba arrepentida de haberlo intentado.

A la mañana siguiente despertaron a la hora debida y, si bien con sueño, realizaron el viaje de vuelta sin mayores percances. Aun así, Sara podía casi palpar la tensión en el ambiente después del accidente de la pasada noche. Ninguna dijo nada en todo el camino, incluso Lucía, que se sentaba esta vez también a su lado, se pasó el día escuchando música, aunque esta vez sin compartirla con Sara, dejándole un amargo sabor de boca y el profundo deseo de que se desvaneciera aquel enrarecido ambiente pronto.

Capítulo 5

V

Cuando las niñas se reencontraron tras el fin de semana todos los males que pudieran haber tenido se les pasaron y fueron desechados rápido, pues se vieron en el recreo más atareadas de lo que habían esperado ahora que mayo había llegado dado que casi se les había acabado el plazo para hacer equipos.

En la mañana del día de la fiesta de fin de curso era tradición hacer una serie de competiciones en grupo tal que a los que ganaban se les daban vales para un perrito caliente gratis mientras que los demás tenían que comprar su propio bocadillo si querían quedarse a comer. De tarde, los niños de infantil y algunos cursos de primaria harían actuaciones y cuando terminaran habría ya montados varios chiringuitos vendiendo dulces y cosas por el estilo, así como manualidades varias. El colegio también intentaba que coincidiera con una fiesta local ya que solía haber fuegos artificiales que se podían ver desde allí, dándole a todo un toque más grandioso y espectacular de lo que realmente era.

En verdad estas competiciones no eran tan importantes, al menos no se lo parecían a Lucía, pero precisamente por eso urgía tener el equipo listo para que no le tocara con nadie que de verdad estuviera dispuesto a pelear por un perrito caliente gratis. En ese sentido el grupo de amigas que tenía, considerando que ninguna era una gran deportista, no podría para ella ser mejor. Fue así que, bolígrafo en mano, miró a los ojos a todas sus compañeras y preguntó:

-¿Qué nombre de equipo nos vamos a poner?

-¿Por qué no ponemos el mismo que el del grupo? –propuso Carmela.

En su grupo de mensajes, como no sabían qué nombre poner habían decidido juntar todas sus iniciales. Solo que a diferencia de las series americanas, tristemente, sus madres no se habían coordinado para que formaran una palabra icónica y como resultado habían acabado con una criatura mutante de difícil lectura: AC2LST.

-No tía –le dijo- ¿Cómo vamos a poner eso como nombre?

-Podríamos llamarnos Villa Tortilla –comentó entusiasmada Tere.

-De eso ni hablar. Ese es un nombre horrible -interrumpió Lucía, casi sin darle tiempo a terminar.

-Pero tía, ¿no te acuerdas? Ese nombre lo dijiste tú cuando estábamos jugando a…

-¡No! -se apresuró a pararla, demasiado tarde para detener el rubor que florecía en su rostro- ¡Me acuerdo de eso, y desearía olvidarlo!

-Pero por…

-Bueno, siguiente sugerencia.

Pero para su desgracia ninguna dio con otra sugerencia digna de mención. Cuando se cansaron de pensar, Carmela lo volvió a intentar:

-Pongamos el nombre del grupo y ya. Quitamos los números y listo

-Nooo, pero eso es muy aburrido –se quejó Sara

-Quedaría algo así como CLAST, si lo agrupamos para que tenga sentido –continuó.

-Espera, ¿Cómo? –Preguntó Lucía, esforzándose por no dejar que la sorpresa que la inundó se desbordara- ¡Eso suena como los Blast! Me encanta, ¡Es genial! -Todas la miraron confusa sin saber muy bien de quien hablaba y Lucía se planteó hablarles de por qué los Blast eran tan geniales, pero sabía que sería inutil y que no escucharían su música de todos modos, así que no se molestó.

Olivia, cuyo rostro había mostrado confusión desde la primera mención del grupo, dejó de mirar en derredor en busca de respuestas y cuando se dio cuenta de que no se las darían si no las pedía en primer lugar, les preguntó:

-¿A qué os referís con eso del nombre del grupo? ¿Desde cuándo lo tenéis, chicas? ¿por qué no estoy ahí? –esta última parte, notó Lucía, sonaba ya algo angustiada y no pudo sino pensar en lo molesto que resultaba que estuviera presente y preguntarse quién la había invitado a venir.

-Pues desde que creamos el chat grupal en el móvil, desde cuando iba a ser –respondió Lucía, una extraña calma brotando en ella contrastando las emociones oscuras que la inundaban. Todas las presentes salvo Alba la miraron intranquilas ante su falta de tacto. A su forma de verlo, sin embargo, estas cosas era mejor hacerlas rápido, quitarlas de encima como una tirita.

-¿Desde cuándo tenéis un chat grupal sin mí? –preguntó prácticamente derrotada Olivia. Casi parecía haber envejecido miles de años por todos

los surcos de preocupación que le atravesaban la cara en ese momento.

-Pues desde que empezamos a planear las actividades por equipos para la fiesta, ¿desde cuándo iba a ser? –En verdad desde hacía ya bastante tiempo, pero las cosas serían más fáciles si le insinuaba por dónde iban los tiros desde el momento inicial.

Si bien esta mentira era obvia para ella y la forma de proceder ideal, ninguna de las otras, para su sorpresa, la respaldó.De esta forma dieron origen a un silencio profundamente denso a su alrededor durante unos segundos en los que Olivia procesó esta información.

"Perras", se sorprendió pensando Lucía con amargura. "Ninguna de vosotras la quería aquí, pero ahora que toca ensuciarse las manos sois las primeras en echaros atrás."

La verdad era que esto no le era realmente sorprendente, pues se lo había esperado. Siempre había sido así, mejor dejar el trabajo sucio a ella, siempre había sido Lucía la que, por el bien de todas, se veía forzada a lidiar con los malos tragos. Pues muy bien, se dijo, incapaz de evitar cierto resentimiento al ver que Sara también evitaba mirarla, ¿queréis que haga de mala? pues voy a ser pérfida. Se quitaría esto de en medio y no iba a tener ninguna piedad con Olivia.

-¿Y por qué –empezó a preguntar esta despacio, comprobando la temperatura de las aguas- no me habéis añadido?

Lucía puso los ojos en blanco y se preparó para responder cuando, en contra de lo que esperaba, Alba se le adelantó:

-Porque no has hecho el ritual de la tortilla –dijo, su rostro cruzado por una sonrisa retorcida.

-¿Qué se supone que es eso?

Y aquí los ojos de Alba brillaron con auténtica malicia mientras decía:

-El ritual de la tortilla consiste en correr sin ropa por el bloque de edificios por cinco minutos y grabarlo.

¡Qué terror se reflejó de repente en el rostro de Olivia! ¡Qué espanto reflejaban sus facciones! Fue tal el impacto de aquella revelación que no pudo contener un ápice de su reacción y se volcó todo sobre su cara en un auténtico retrato del horror. Alba deslizó sutilmente una mirada interrogante hacia Lucía y esta se la devolvió llena de aprobación. Qué alivio le supuso pensar que al final alguien sí que la iba ayudar.

En aquel momento Lucía recordó por qué se habían hecho amigas en primer lugar y se sintió profundamente agradecida: Alba podía pensar poco a veces, pero a la hora de la verdad era la única a su altura en lo que a agallas respectaba. En ese sentido, sabía que no la dejaría sola, y eso la reconfortó profundamente.

-No puedes decirlo de verdad –Fue todo lo que Olivia fue capaz de decir, totalmente ajena a este intercambio de información. Lucía notó entonces que sus manos temblaban muy ligeramente, y por algún motivo esto despertó en ella repulsión hacia Olivia y sobre todo incomodidad- Tienes que estar de broma, eso no puede ser ni siquiera legal.

-Es lo que hay –le respondió Alba, mientras se encogía de hombros.

-Te lo digo en serio –insistió- ¿Qué tengo que hacer para que me metáis en el grupo?

-Es sencillo, o haces el ritual de la tortilla, o no eres villatortillana -respaldó Lucía, ahora con una confianza renovada- Mira ya hemos hecho el equipo y tuvimos que pedir permiso para que nos dejaran tener a una extra, así que si de verdad quieres estar en el grupo tendrías que ganártelo, pero conociéndote no lo vas a hacer y de todas formas no esperamos que lo hagas. No vas a estar con nosotras en el equipo y por tanto no te vamos a meter en el grupo porque no queremos que estés aquí, por eso te dimos una tarea imposible. Fin. –Y como vio que parecía a punto de decir algo, la cortó antes de que pudiera- Faltan como cinco minutos para que acabe el recreo y realmente tenemos que entregar esto hoy -dijo, señalando la hoja- así que deja el tema ya.

Ahora que no tenía nada más que añadir, Lucía se levantó y salió de la sala con el formulario en dirección al aula donde debían entregarla. Alba fue la primera en seguirla casi inmediatamente, y tras un poco de vacilación Sara y Carmela se fueron tras ellas. Tere fue la última en irse y aunque pareció dudar finalmente miró a un lado y, dándole la espalda, también la dejó atrás. Olivia se quedó sola con sus propios tumultuosos pensamientos aun intentando entender que acababa de pasar sin nada que hacer salvo observarlas marchar.

***

Estuvieron en bastante silencio después de aquello. Todas necesitaban procesar lo que había ocurrido, aunque por distintos motivos. Era verdad lo que Lucía había dicho, en aquel corrillo en la oscuridad, en el último día del viaje, les había comentado sus intenciones de alejar a Olivia del grupo, pero ahora que lo habían hecho Tere no podía evitar la sensación de haber errado, aunque se sentía incapaz de señalar exactamente en qué aspecto en particular. Fue de está forma que dió vueltas y vueltas incapaz de

pensar otra cosa hasta que al final de las clases Sara la vino a buscar

-¡Tere! ¡Qué bien que al fin te encuentro! –exclamó en cuanto la vio. Le tendió entonces un papel- Toma, ve diciéndome lo que tenemos mañana y de lo que hay deberes para saber que llevar a casa y hacer antes la mochila.

Cogió el papel y se disponía a leer las asignaturas una por una cuando sus labios se rebelaron y se le escaparon otras palabras:

-¿Estás segura de que estuvo bien eso? –le preguntó- Lo de Olivia, digo. Claro que no tuvo la mejor de las reacciones y que tampoco fue tan horrible pero, ¿no había otra manera de hacer las cosas?

-Tía déjalo estar –le respondió- Era evidente que estábamos de broma, si ella se lo tomó así es cosa suya.

-Sí, supongo que tienes razón –suspiró.

Aunque la opinión de Sara le reconfortó, aquellas palabras no lograron calmarla del todo. Siguió pues dándole vueltas y cuanto más lo hacía más descontenta se descubría con la forma en que se habían dado los hechos. Allá en el viaje había estado de acuerdo con su plan y había accedido ávidamente en un brote de resentimiento por la asfixiante actitud que Olivia había tenido hacia ella, ¿pero ahora? Ahora que había pasado algo de tiempo y se había alejado, ahora que se había vuelto algo real no podía sino lamentar que las cosas hubieran ocurrido de esa manera. Cierto que había deseado intervenir para disolver el mal ambiente y cierto que aunque quisiera no hubiera podido hacer nada pero, ¿qué decía de ella que no lo hubiera siquiera intentado? ¿Qué valor tenían esos deseos e ideales si luego carecía de la fuerza para llevarlas a cabo?

Sara acabó pronto de hacer la mochila y Tere agradeció poder dejar de pensar en todos estos hechos.

-En breve se acabará el año y no volveremos a estas aulas -pensó en voz alta de la que atravesaban el pasillo hacia las escaleras- ¿No os parece triste?

-Ja -exclamó Sara mientras le daba un ligero codazo- alguien se ha levantado melancólica hoy -cuando Tere no dio más que un suspiro como respuesta, continuó- De hecho, es un milagro, estaba harta de tener que subir todas las escaleras a diario hasta el quinto piso. Que no es como que mejore mucho, porque seguiremos teniendo que subir al cuarto, pero es lo que hay.

-Jo, realmente no me quiero marchar -le dijo. No pudo evitar en ese instante girarse y agarrar a Sara de la manga para que no se pudiera

escapar- Quiero quedarme un poco más…

-Estás loca -le dijo esta mientras tiraba de ella y la arrastraba hacia las escaleras.

Y Tere fue cediendo, dejándose arrastrar aunque sin dejar de mirar atrás, repitiendo que de verdad, quería permanecer un poquito más en aquel que para ella era tan amado lugar.

Capítulo 6

VI

Sin que ninguna se diera cuenta, el tiempo voló ante sus narices y antes de lo que esperaban llegó el día de la fiesta a los Santos Campos. La competición inicial fue un auténtico chiste, pero se lo pasaron bien. Sara observó que Olivia logró encontrar otro equipo al que unirse a tiempo y se sintió aliviada, pues aunque no le importaba mucho el incidente que había pasado sí temía que pudiera darles problemas si no se arreglaba rápido. Eventualmente llegó la tarde, y una vez hubieron terminado el baile que debían hacer Sara buscó a sus padres para pedirles dinero para la fiesta.

A sorpresa de nadie estos estaban hablando con los de Tere. Aunque no sabía qué decían en concreto, su madre parecía complacida. Realmente le gustaba Tere, pensó Sara, eso podría ser conveniente si en el futuro algún día necesitaba tapadera para ir a casa de algún chico. Cuando ambas recibieron algo de dinero para comprar la cena, se fueron juntas en busca de las demás.

Encontrarlas, sin embargo, les sería más difícil de lo que de primeras parecería pues las otras habían ido con sus respectivos padres y el grupo se había diluido por completo, perdiéndose entre el gentío.

En aquella época del año el patio estaba tan cambiado por la decoración y las fiestas que, si no hubiera estado presente en prácticamente todas y cada una de las anteriores festividades a Sara probablemente le costaría reconocerlo. Había pequeños puestos y chiringuitos en cada rincón donde los profesores vendían todo tipo de comida, dulces, palomitas y bocadillos para quienes se quedaban a cenar, aunque no era lo único que se podía encontrar, también había tiendas que las religiosas habían puesto para la caridad y de productos del colegio, como libretas o sudaderas. Ninguna le era a estas alturas una sorpresa, pero Tere parecía fascinada mirando en derredor. Avanzaron pues a través de este panorama sin prestarles mucha atención, buscando a sus amigas, cuando Sara reconoció en uno de los puestos a una monja que solía darle clase cuando apenas iba a la guardería.

-¡Sor María! –exclamó, mientras se dirigía hacia ella. En cuanto las vio, el rostro de la anciana se iluminó- ¡Sor María! –repitió, esta vez saludándola con la mano. Pronto, ella les saludó también

-¡Sara! da gusto verte aun por aquí, ¿Cómo has crecido tanto? –le dijo, mientras la observaba admirando todos los cambios -¿Qué curso estabas haciendo ahora?

-Primero de la eso –le dijo con orgullo- Empiezo el año que viene segundo.

-No puede ser –dijo- No me puedo creer que tengáis ya doce años, ¡Qué mayores estáis hechas! Eras tan pequeña cuando te conocí…

Sara sonrió entonces al acordarse de aquellos años en la guardería en los que les había cuidado en los recreos. Sor María de alguna manera no solo había sido siempre amable con todos sino que además conocía todos sus nombres hasta un punto que les era incomprensible y nunca, nunca se olvidaba de ellos. Esta habilidad no habría de dejar de fascinar a Sara y hacía que no pudiera sino respetarla enormemente por la dedicación que les mostraba.

-Por cierto chicas, ¿queréis uno? –dijo señalando los objetos del puesto. Eran pequeñas pulseras trenzadas –Están hechas a mano, cuestan cuatro euros. Los estamos vendiendo para recaudar fondos para una organización de caridad que tenemos a las afueras de la ciudad.

A esto, Sara respondió casi por acto reflejo:

-Claro, dame esa –dijo, señalando una de colores azul y violeta.

Estaba a punto de marcharse cuando Sor María dijo, mirando más allá de ella:

-Y tú, ¿vas a querer uno?

Se dio cuenta entonces Sara de que Tere efectivamente también estaba ahí, había estado con ella en toda la conversación, pero en cuanto se giró hacia ella comprendió cómo pudo olvidarla con tanta facilidad: no solo estaba unos pasos atrás, alejada de la conversación sino que también estaba algo encogida. Tembló ligeramente ante las palabras de la religiosa, como si hubiese recibido una descarga y Sara confirmó que a Tere le había pillado de sorpresa que la viera y que por algún motivo había querido pasar desapercibida.

-Eh –empezó a decir- Yo… eh –Cuanto más la miraba, más alterada se sentía Sara. Tere no solo parecía encogerse sino que tenía las manos apretadas en dos puños temblorosos, prolongando aquel instante de duda en el infinito. Cuando el suspense en que les había dejado su vacilación se estaba haciendo incómodo y Sara se preparaba para intervenir, finalmente dijo, con más energía de la necesaria- ¡No, gracias! Lo siento mucho, pero gracias.

Y Sara estuvo tentada de reírse si quizás no se sintiera tan incómoda. No acababa de entender lo que había pasado, sabía que Tere era introvertida y que no se le daba bien conocer gente nueva, pero aquello no dejaba de

sorprenderle. Una vez se hubieron alejado lo suficiente, Tere le dijo:

-Lo siento, mucho, muchísimo –empezó, mientras agachaba la cabeza- ha sido muy raro, ¿verdad? –dijo, y a Sara le pareció que hasta se le quebró la voz en esto.

Realmente, pensaba Sara en ocasiones como estas, jamás habría de entender del todo a Tere. Le era imposible descifrar qué ocurría en su cabeza que hacía que pasara de evocar arcoíris y unicornios a parecer al borde del paro cardiaco ante auténticas tonterías. En ese sentido, pensó Sara, quizás la dificultad que le suponía comprenderla formaba parte de su encanto.

-Un poco -dijo, intentando quitarle peso con una sonrisa- La próxima vez solo dile que si por terminar antes.

-Lo siento –le repitió, un disco rayado- No me gusta hablar con extraños. Ay, qué mal ha sonado eso, me refiero a que nunca sé que decir ni cómo reaccionar con gente que no conozco. Me quedé totalmente en blanco.

Y Sara suspiró, pero cuando Tere vio que no iba a decir nada más o a reaccionar mal pareció calmarse, lo cual la relajó. Por un segundo se había sentido, de nuevo, como si hubieran vuelto al día en que se conocieron, otra vez Tere se convertía en aquel mismo animalillo salvaje, aquella bella mariposa que se escaparía volando al mínimo paso en falso. Qué extraño, pensó, tras todo ese tiempo había creído que Tere había dejado gran parte de su inseguridad atrás, al menos con ella parecía haberlo hecho, pero supuso que simplemente había emociones que siempre estaban al acecho.

-Vamos, aún tenemos que encontrar a las demás. -le dijo ante no tener una buena respuesta- Oye, no tienes que preocuparte tanto por lo que dices, ¿sabes? –continuó- Es decir, mientras no digas tonterías y pienses antes de hablar, pero eso ya lo haces, ¿no?

"No puedo socializar por ti toda la vida -le seguía diciendo, Tere, en completo silencio, permaneció mirando fijamente al suelo- Bueno, espera –se interrumpió- De hecho no suena tan mal, ahora que lo pienso, quizá sí puedo. Siempre podría ofrecerte mis servicios para socializar en tu lugar… por un módico precio, por supuesto -dijo, esperando sonar tan coqueta como se sentía -de todos modos, no creo que tengas problemas con el dinero. Tu eres la lista del grupo, trabajarás como médico y tendrás pasta de sobra. Yo mientras tanto no tengo ni idea de que quiero hacer con mi vida y seguramente acabe en la calle pintando cosas que a nadie le importan y haciendo el ridículo para intentar salir adelante."

Había más verdad de la que quisiera en esas palabras. Sara no solía pensar mucho en el futuro, pero cuando lo hacía se encontraba llena de

incertidumbre y terror. quizá fue por eso que no se dio tiempo para seguir pensando y continuó:

"Ahí es cuando me salvas el culo y me sacas de la situación por gracia divina y porque eres una señora misericordiosa. Sep, probablemente siempre ande pidiéndote favores –sonrió- y tú tendrás que mantenerme, pero no es un problema, ¿no? -dijo, poniendo su mejor pucherito- porque tú serás la adulta con la vida estable. Yo seré la tía que sirve de mala influencia y que deja a los críos tener en casa fiestas salvajes cuando se hacen adolescentes."

Siguieron caminando en silencio, cuando finalmente Tere rompió su silencio y dijo:

-La tía que sirve de mala influencia… –dijo entretenida- Si eso implica que seguirás a mi lado, supongo que no puede ser tan malo.

Y aunque no creía del todo lo que acababa de decir, Sara a veces se sentía aterrada al pensar que eso era lo más probable que ocurriera. Admiraba en ese sentido que Tere lo tuviera todo tan claro con respecto a lo que haría, pues a ella este se le presentaba como algo ajeno, misterioso y en última estancia hasta terrorífico. '¿Cómo puedes tenerlo todo tan claro?' siempre le preguntaba '¿Nunca dudas, siempre has sabido lo que querías ser?' 'Sí, supongo que sí' siempre le respondía, mientras su mirada se perdía en el horizonte 'Desde que era pequeña, siempre ha sido así'. Y Sara no podía sino envidiar aquello de Tere, porque ella no podía mas que sentir que su mente, en cuanto al porvenir se refiere, era un auténtico desastre y le molestaba que aunque lo intentase no lograra ponerlo ni en un mínimo orden.

Por fin creyeron ver a sus amigas en la distancia, en una esquina alejada del ajetreo y Sara casi sintió alivio al poder dejar de pensar en eso.

-Vete hacia ellas –le dijo Sara- Creo que yo antes voy a ir al baño. Ah, por cierto, toma –continuó, mientras le lanzaba la pulserita que hacía poco había comprado. Esto pilló a Tere por sorpresa, pero logró atraparlo antes de que cayera al suelo

-Pero, ¿por qué…? –empezó a preguntar.

-Yo no tengo nada que hacer con eso –le dijo- realmente me daba igual la pulsera, solo quería hacerle un favor a la monja. Además, yo tengo ya muchisimas de esas en casa, pero tu nunca vienes con ninguna, o con ningún accesorio ya en general. Esta claro que lo necesitas más que yo.

Y Tere asintió mientras observaba detenidamente la pulsera, como si no acababa de verla. Se la puso y al admirar como le quedaba , volvió a

asentir

-Supongo que tienes razón –dijo, más para sí que para nadie- No me vendría tan mal adecentarse un poco.

-¡Ese es el espíritu! -se encontró diciendo- Ponerte un poco mona dentro de lo que el uniforme nos permite no te va a hacer daño. -Le dijo mientras le guiñaba un ojo, y Sara no pudo entonces sino sonreír.

Habiéndose despedido así, se separaron mientras cada una tomaba direcciones contrarias hacia sus respectivos destinos.

Lucía revisó de nuevo la hora en su reloj y no pudo sino impacientarse al comprobar que había pasado ya cerca de media hora y aún no había llegado. Si no veía a Sara en cinco minutos, se dijo, lo haría sin ella.

En verdad, Lucía no tenía en absoluto ganas de proceder con el plan, pero tras lo ocurrido unos cuantos días atrás vio esfumarse sus planes para hacer algo entretenido la tarde de fin de curso ante sus ojos cuando su madre se enteró de que no solo no había aprobado matemáticas sino que ni siquiera había llegado al dos. Adiós a salir hasta dentro de un mes y sin móvil hasta nuevo aviso. Si, pensó con amargura, la secundaria iba a ser muy definitivamente una de las épocas más felices de su vida.

Al día siguiente, le dijo a Alba que cancelara los planes. Habían estado discutiendo escabullirse pronto y hacer de las suyas lejos, yendo a algún lugar entretenido, pero eso ya no podría ser. Su madre solo la dejaba ir a la fiesta de fin de curso porque tenía que participar en un baile del colegio y probablemente no le quitaría la vista de encima ni la dejaría irse a ningún lado. Alba entonces se había quejado, pero Sara sonrió, y más tarde aquel día le había dicho que tenía un plan.

Y allí se hallaban ahora, esperando a Sara para llevar a cabo su idea. ‘Bueno’ le había dicho ‘ya que te tienes que quedar, lo único que podemos hacer es aprovechar al máximo las circunstancias. Vamos a hacer que, de alguna manera, te pases la fiesta de fin de curso con Adrián’ En su momento, esto había hecho desaparecer todo el malestar de la tarde anterior y por un momento Lucía se había permitido conspirar junto con Sara sobre qué hacer mientras fantaseaba de todos los escenarios posibles. Y así, habían acordado verse tras el edificio de secundaria, en un rincón escondido del patio donde nadie solía estar. Allí se suponía que discutirían su estrategia.

Para su suerte, Sara no parecía ni haberlo olvidado ni haberla abandonado, y pronto pudo verla en la distancia despidiéndose de alguien

mientras se acercaba hacia ella.

-¿Cómo tardaste tanto en encontrarme? –Dijo, las palabras saliendo de sus labios en un acto involuntario, casi antes de que pudiera ser consciente de haberlas concebido en primer lugar- ¿Esa con la que estabas hablando era Tere?

Sara asintió. Esto por algún motivo la hizo enojar más y sintió su humor empeorar de golpe, lo cual la extrañó. Por algún motivo, que de entre todos hubiera sido Tere con quien parecía bastante cercana la molestó.

-Estuvimos hablando un rato –le dijo- Perdón por el retraso.

-¿Por qué Tere te gusta tanto? – se encontró de nuevo preguntando, aunque al poco se arrepintió de que hubiera sonado más como una acusación. Aquel día las palabras se le estaban escapando demasiado rápido.

Sara como respuesta se encogió de hombros.

-No sé. Es bastante maja –hizo una pausa, mientras su rostro volvía a adquirir esa sonrisa fácil suya que con tanta naturalidad lograba evocar- supongo que me lo paso bien con ella.

-Es un poco rarita, ¿no?

-Lo es -respondió Sara con agilidad- Tienes razón, lo es, es rara de narices -y ante la expresión de sorpresa que estaba luciendo continuo- pero, en plan, en el buen sentido. Aquí todos son iguales. En plan en el mal sentido. Llevo desde los cuatro años conociendo a esta gente y la mayoría son o pijas o aburridas. Es muy inusual encontrar a alguien con algo distinto en su cabeza, por eso cuando lo hago no les dejo escapar -continuó diciendo como si nada, estirando sus brazos como un gatito tras su y enterrando sus dedos en su cabeza -En ese sentido, tú también eres diferente -le dijo, mirándola tan fijamente que la dejó sin palabras. Si se acercaba un centímetro más, pensaba, si profundizaba un milímetro más, no habría secreto que pudiera ocultar de ella, y se quedó así hasta que Sara volvió a intervenir- ¿Qué hacemos al final con lo de Adrián?

-Eh –a Lucía le sorprendió el cambio de tema, pero lo agradeció de todos modos- No lo sé… pero, espera tía, ¿cómo que hacemos con Adrián? ¡Fuiste tú la que dio la idea! ¿No tenías algo planeado?

-Bueno, sí –respondió- El plan era improvisar -sonrío, una sonrisa tonta y despreocupada pero quizá por eso el doble de efectiva- Ya sabes, en las películas siempre ocurre algo inusual en las fiestas del colegio, son como

EL día. Vamos a buscarle, ya se nos ocurrirá algo.

Continuó la discusión entre las dos un tiempo y solo cuando Lucía se hubo asegurado de que Sara no pretendía hacer ninguna tontería (sí, sugerir casualmente jugar a la botella y desaparecer al poco es una tontería, Sara, no somos niñas pequeñas) decidieron limitarse a ir a buscarlo aunque solo fuera para hablar un rato y tratar de pasárselo bien.

A medida que se abrían paso entre la multitud y recorrían el patio, las niñas fueron dándose cuenta de que encontrarle iba a ser más difícil de lo que creían. Pronto hubieron atravesado la mayor parte del recinto y aún no había ni rastro. Lucía maldijo para si por no tener acceso al móvil ahora mismo pero luego se dio cuenta de que eso probablemente era mejor, apenas habían intercambiado mensajes y no era buena idea hacer evidente que querían verle, se suponía que tenía que ser un encuentro casual. Realmente, pensaba Lucía, le hubiera agradado que Adrián hubiera aparecido mientras hablaban, que hubiera soltado algo ingenioso y que hubiera propuesto llevársela a algún lado. Sin embargo, cada vez le decepcionaba más como todos los chicos en general eran tan poco románticos. Había que montar casi todo el escenario de antemano, pensó para sí, e incluso con esas muchas veces seguirían necesitando que se lo deletrearan para que se dieran cuenta de que tienen una oportunidad delante y que deberían aprovecharlo. En fin, pensó Lucia, tal era la maldición de ser mujer que, saliera con quien saliese, en lo que al romance respecta tendría que hacerlo todo en su lugar.

-¿Ahora qué?

-No lo sé, la verdad. Quizá deberíamos volver ya con las demás y dejarlo estar.

Esta idea, por algún motivo que desconocía, causó en Lucía una profunda aversión y pronto se encontró buscando formas de prolongar ese momento que las ataba. No, pensaba, definitivamente no quería que acabara tan pronto. Estaban, en aquellos momentos en un mundo privado, alejado del visible y exclusivo de ambas.

-No –le dijo- sigamos buscando. Bailó con nosotras, así que tiene que estar en algún lado, ¿no?

Sara pareció sopesar esto un momento y a continuación dijo:

-¿Qué tal si nos separamos? –propuso.

Esto no acabó de agradar a Lucía, pero se dio cuenta de que negarse en aquel contexto sería extraño. Notó además que Sara empezaba a lucir

cansada de todo aquello así que finalmente decidió conformarse con eso

-Espera –le dijo, un último intento de seguir juntas- ¿Cómo nos volveremos a encontrar luego? Sin móvil y con tanta gente podría ser complicado

Sara se detuvo un segundo, pero tan pronto como Lucía comenzó a acercársele volvió a su rostro su sonrisa fácil y dijo:

-Nah -Lucía notó entonces que Sara estaba distraída por la forma en que estaba mirando en derredor como perdida y lamentó haber perdido su atención. No pudo sino preguntarse qué podría ser aquello que había logrado arrebatársela de un espíritu tan difícil de plenamente cautivar como el de Sara. Continuó entonces- Mira, yo buscaré en el edificio y tu revisas entre la multitud, ¿vale?

No, pensaba Lucía, no valía, pero quedaba claro al ver la expresión de su rostro que a pesar de haber sido entonado como una pregunta realmente era la única posible opción, así que eventualmente asintió.

Siguió entonces caminando un rato hasta que, para su sorpresa, Tere apareció y la empezó a llamar de tal forma que le fue imposible pretender que no la había oído.

-Lucía –la llamó, sonriente, mientras se acercaba- ¿Sabes dónde está Sara?

Lo que faltaba, pensó.

Lucía notó a Tere mientras la miraba particularmente animada, aunque tampoco era muy sorprendente. Realmente, era casi algo característico de ella estar llamativamente emocionada ante tonterías o eventos tan triviales como el presente, aunque había notado que en los últimos meses ese exacerbado entusiasmo parecía haberse equilibrado un poco. Observó que a la mayoría de la gente le agradaba o le parecía enternecedor de su parte, pero a ella esta actitud no podía sino activar sus instintos de peligro y dejarla en un estado permanente de alerta.

-¿Eh? No. ¿Por qué tendría que saber dónde está?

-Ah –respondió, su entusiasmo apagándose al contrastar con su seriedad, un globo que pierde aire hasta volver de su castillo en los aires al despiadado mundo de la tierra- Supuse que estaría contigo. Ya sabes, como siempre estáis juntas y os lleváis tan bien… -Aquí hizo una pausa, claramente esperando que Lucía dijera algo, pero no habló. Incómoda, eventualmente trató de ahuyentar el silencio entre ellas. Por qué era tan insistente en ganarse su afecto, así como el de la gente en general, Lucía lo desconocía, pero debía admitir que ya no le enojaba tanto como hacía

tiempo atrás- Sara siempre me está contando maravillas de ti, ¿sabes? Tenía muchas ganas de que pudiéramos hablar y conocernos bien.

No, pensó, definitivamente no lo sabía.

-¿Te ha hablado de mí? ¿Y qué te ha dicho? - ¡Ah, qué extraño! De golpe no había otra cosa en su cabeza más que la imperiosa necesidad de saber más.

-Oh, nada especial –le dijo- solo que eres muy agradable y que se lo pasa bien contigo, supongo. Siempre está contando anécdotas de clase en las que apareces… Creo que le gustas bastante -respondió.

No pudo, pensó Lucía, hacerle mejor halago. Se sintió de golpe más liviana, un peso que no era consciente de haber estado soportando se le había quitado de encima ¡No era la única que tenía a la otra en sus pensamientos! ¡No era la única maravillada! Atrás quedó íntegramente la antipatía que había sentido hasta hacía apenas unos minutos hacia Tere: ahora, en el éxtasis del momento lucía ante sus ojos como un ángel, ¡una santa! ¡Cuán equivocada había estado con ella! Cuando a la mañana siguiente se despertara tacharía estos sentimientos de ridículos, pero en aquel momento con tal de seguir oyendo cosas tan deliciosas le habría dado todas las estrellas que comenzaban a vislumbrarse en el cielo. Fue así que cuando al poco de esto le preguntó si podía quedarse con ella asintió casi de inmediato y continuaron hablando un tiempo.

-Por cierto –le dijo en una de estas- ¿A quién estabas buscando?

-Ah –respondió, aterrizando de nuevo al mundo real, recordando lo que se suponía que debía hacer- Estaba buscando a alguien… En verdad estaba buscando a –y aquí dudo, tal era su dicha, tal era su desconexión con la realidad que a punto estuvo de revelar sus verdaderas intenciones. Afortunadamente recobró sus sentidos a tiempo- a nadie, realmente. A nadie que importe ahora, desde luego –y Tere no respondió.

-Está oscureciendo –puntualizó, para romper el silencio.

Era verdad, en algún punto el cielo se había oscurecido y el tan radiante sol que había brillado sobre ellos aquella tarde se había puesto por completo. Se preguntó dónde se había ido lo que les quedaba de tarde y en qué momento se le había escapado tan rápido ante sus ojos sin que se dieran siquiera cuenta.

Como un disco rayado, una escena ya familiar ocurrió ante sus ojos cuando, muy oportunamente, Sara apareció corriendo hacia ellas haciendo grandes aspavientos.

-¡Chicas, tenéis que venir a ver esto! -Les decía, mientras las agarraba por el brazo y tiraba de ellas.

-¿Pero qué pasa? -preguntó Lucía, confundida por ver su paz alterada

-Es la puerta, chicas -le respondió- Os digo que la puerta está abierta.

-De verdad que no es una buena idea. En serio, es una idea horrible.

Habiendo subido los cinco pisos de escaleras a toda velocidad y por fin pudiendo tomar un respiro, las niñas se encontraban frente al pasillo que dejaba ver la puerta entreabierta.

-Os digo que no hay nadie -repetía Sara, mientras abría más la puerta.

-Bueno tías –dijo Lucía, abriéndose paso- A mí me da igual lo que hagáis, yo entro.

Tras intercambiar un par de miradas con Sara y ver que seguía a Lucia, Tere acabó accediendo a seguirla por el pasillo, aunque nada contenta.

-Esto -les dijo, muy a regañadientes- realmente es una mala idea.

Abrieron una envejecida puerta y se encontraron ante sí unas estrechas escaleras en caracol que llevaban a ni más ni menos que otra puerta, que, como aquel día que la vieron por primera vez, estaba cerrada.

-¿Ahora qué? –preguntó Tere.

-Bueno, en este punto solo tenemos una opción –respondió Lucía, mientras las subía hasta llegar a lo más alto

Esta vez, sin embargo, podían permitirse hacer ruido, y eso hizo Lucia: sin ninguna misericordia forcejeo y embistió contra la puerta hasta que acabó cediendo y poco a poco permitió ver lo que había al otro lado. “Un portal secreto a un mundo mágico, por favor”se encontró deseando Tere, “aún no es tarde para que esta sea una novela de chicas mágicas, solo esta vez te lo pido por favor.”

A medida que la puerta giraba sobre sus bisagras, se fue derramando sobre el suelo un pequeño haz de luz que fue creciendo, haciéndose más y más grande hasta que las alumbró casi por completo, un resplandor plateado dotado de numerosos puntos de vivos colores acompañado de la fría brisa nocturna que Tere jamás dejaría de amar: al otro lado de la

puerta se abría ante ellas la primera noche de verano en Galpuria. A medida que avanzaban, dejando las clases atrás, pudieron ver un espacio extenderse ante ellas y al asomarse por la valla que las separaba del suelo pudieron ver abajo las fiestas, ardiendo fuerte con o sin ellas, seguían adelante y más allá se extendía Galpuria, toda la ciudad en la palma de sus manos; los edificios se sucedían unos a otros, irregulares siluetas que se recortaron frente al cielo nocturno extendiendose en la infinidad y solo detenido por el mar del norte, eterno amante de su queríada ciudad que una y otra vez se acercaba y se alejaba con cada marea, la unica fuerza de ola naturaleza que no se había doblegado a su fuerza, la única capaz de impedir su continuo progreso y, si se miraba muy atentamente, podía adivinarse muy al fondo, hacia el sur las primeras pistas del verde campo teñido de negro por la noche en las afueras, creando en su conjunto un ecosistema, fundiendose en un único ser que brillaba y se apagaba y que, como todos los presentes, bailaba bajo la etérea luz de la luna.

-Es precioso –empezó a decir Sara.

Cuando se giró, observó que tanto ella como Lucía estaban tan maravilladas con ese pequeño hallazgo como ella. Se arrinconaron todas juntas en el bordillo y desde ahí observaron a la gente de abajo, pequeñas diosas que contemplaban a su pueblo desde lo alto, ajeno a lo que estaba ocurriendo.

-No sabía que hubiera una azotea en el colegio –comentó Lucía, mirando en derredor.

-Yo tampoco –respondió Sara- ¿Cómo se tenían guardado que se podía subir a aquí?

-Bueno, no importa –se rió entonces, un acto reflejo, casi algo descontrolado- Lo que importa es que lo tenemos todo para nosotras.

Lucía a esto sonrió taimada. Procedió entonces a hacer tonterías y Tere le siguió el juego rápida y rauda mientras Sara las miraba con desaprobación y alternaba entre ceder ante ellas y regañarlas por ser tan crías y hacer tanto ruido.

Siguieron revoloteando un rato, aun en un estado de excitación hasta que finalmente aterrizaron y sus pies volvieron a tocar la tierra.

-Este lugar es realmente genial –reiteró Tere, aun mirando en derredor. Intentaba, desesperadamente, de atrapar todos los detalles y secretos, todos los misterios del universo desvelados solo para ellas en aquella escena en un tarro que preservar por siempre en su mente pero se le resistían, en su intento de memorizar cada detalle, cada color y cada olor y hacer trascender ese lugar más allá de esa noche solo fue capaz de

recordar un intenso mejunje de emociones.

-Búa, se me acaba de ocurrir una idea –dijo Sara- ¿Cómo creéis que se verán los fuegos artificiales desde aquí?

¡Cómo se le podía haber olvidado algo tan importante! ¡Pues claro, se dijo, los fuegos!

-Tenemos que verlos aquí –dijo, y en cuanto las palabras tomaron forma y se hicieron reales se dio cuenta de que no era solo un deseo sino una necesidad, es más, comprendió, no sería solo eso- Este lugar es demasiado bueno para desperdiciarlo… tenemos que volver aquí la fiesta del año que viene a ver los fuegos nosotras solas también. Y no solo el que viene, sino también el siguiente. Y el siguiente. Y el siguiente.

-Por mi bien –dijo Sara- ¿Sería como una tradición personal? Ohhhh, podría ser como un club secreto de las tres. –Se giró entonces hacia Lucía, la cual parecía perdida en sus propios pensamientos. Algo en su expresión hubo de parecerle a Tere terriblemente triste y melancólico.

-¿Qué decís? –preguntó, y al poco- ¡Ah! Sí, supongo. Bueno no, no sé.

Por primera vez desde que la conocía, pensó Tere, estaba viendo a Lucía insegura. Hasta aquel entonces le había parecido una flecha, un dardo venenoso lanzado sin saber muy bien con cuánta precisión acertaría pero con certera fuerza. Y sin embargo, por algún extraño motivo ahora parecía vacilar.

-Vas a venir, ¿no? –se encontró a sí misma diciendo.

En ese momento Lucía entreabrió los labios para responder, y en un segundo de duda fue interrumpida por un estruendo a sus espaldas, y pronto fueron iluminadas por una brillante pero efímera luz dorada, y Tere comprendió que la atención de Lucía estaba en ese punto detrás de ella. Se giró entonces y los vio: orgullosas figuras que atravesaban el cielo y consumaban sus vidas tan veloces como fuertes, de distintas formas y colores, caían cortando la noche, grandes brazos que se retorcían y luchaban por permanecer visibles mientras se escapaba de ellos la vida. Estaba tan absorta viéndolos subir y bajar que apenas pudo oír a Lucía a sus espaldas decir ‘Está bien’ y cuando se giró hacia ella Tere comprobó que ni siquiera la miraba, que estaba observando los fuegos artificiales ‘Veremos los fuegos juntas otra vez’ y Tere volvió a sentir que se alzaba, de repente era una de esas figuras y estaba surcando el cielo, brillaba tanto que se sentía a punto de estallar y morir como los fuegos y creyó que lo había hecho excepto que no se sintió desfallecer, sino que sentía que volvía a ascender en su fantasía una y otra vez.

-Vaya –comentó Sara- ya casi han llegado al final. Es una lástima.

-¿Qué dices? –preguntó Lucía, atrás quedó su incertidumbre, se había despertado de golpe de cualquier ensoñación que la hubiera tenido absorta antes y había vuelto a la vida, con la misma fuerza y energía les dijo, mientras un último rayo surcaba recto y orgulloso el cielo, preparándose para estallar- ¡Rápido, pedid un deseo!

-¿Un deseo? –preguntó Sara, confusa- Pero tía, eso es con estrellas fugaces, no fuegos artificiales- Dijo entretenida, encontrando curioso oír palabras tan infantiles viniendo de Lucía.

-¡Tía! Tú no te lo cuestiones, solo hazlo –le dijo, repentinamente seria, y este brote de solemnidad no hubo sino de divertirla aún más.

-Creo que paso –dijo- De todos modos, no se me ocurre nada que pedir que una estrella fugaz me pudiera conceder.

Tere, desde lejos las observaba conmovida, aun a pesar del tiempo que había pasado a veces le seguía costando creer que formaba parte de estas escenas, recordarse que no era una espectadora distante, y por eso le pilló por sorpresa cuando Sara se giró hacia ella y le preguntó qué creía. Bueno, supongo que por probar no pierdes nada, ¿no?, les respondió, mientras juntaba las manos y cerraba los ojos, lo más parecido a una oración que había hecho en mucho tiempo y formulaba en su mente su mayor deseo por acto reflejo, cruzaba los dedos y pidió que aquel momento fuera eterno.